

BALADA KOCK

ISAAC MORALES FERNÁNDEZ





BALADA ROCK

ISAAC MORALES FERNÁNDEZ

Isaac Morales Fernández
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798729099900
Depósito Legal: ZU2021000077

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*“Hubieran deseado caer de rodillas, posar la frente en
el suelo y llorar, llorar sin consuelo, expresar su tristeza
y su desconcierto, y sujetar el manar indetenible de esa
materia sorda y viscosa que llevaban dentro de sí
como una aflicción carente de nombre, como una rabia
que los lastimara”*

Judit Gerendas: *La balada del bajista*

*“Mientras haya chicos enojados y sin tener una
verdadera forma de ventilar toda esa furia, el heavy
metal vivirá”*

Ozzy Osbourne

BALADA ROCK

*“When you abuse your body,
nevermind your mind
and you’re your own worst victim
there’ll be no love, just loneliness”*

Suicidal Tendencies: *Love vs. loneliness*

Amanecí pegajoso por el brandy Chemineaud porque fue una fiesta violenta como pocas. Cherry (le decíamos así porque era fanática del grupo Runaway y su canción *Cherry*), había estado excesivamente alocada la noche anterior, como ella decía plenamente “en honor a la liberación femenina juvenil del siglo XXI”. Bebió decenas de cervezas y cuando a las dos de la mañana comenzó la competencia de fondo blanco con ginebra, ya estaba tan ebria que todos la manoseábamos morbosamente, mientras ella sólo se reía y nos lanzaba palmadas torpes tras cada agarre súbito de un seno o glúteo. A las tres de la mañana ya casi la teníamos desnuda de la mitad del cuerpo para arriba.

El disco de éxitos de Black Sabbath se terminó y Esteban se paró a colocar su disco (siempre nos turnábamos, de manera que cada quien sonaba su disco favorito). En este caso, prefirió algo más pesado, y comenzó a sonar el *Roots bloody roots* de Sepultura. La olla de *slam* en la sala nos animó a todos. Olvidamos ya el juego y comenzamos a darnos duro en la olla al ritmo

energizante de las canciones. Aborto de Cucaracha, como le decíamos a Rafael, le dio accidentalmente un fuerte golpe con la bota en la frente a Chúo-Maníaco, riesgo común de este particular divertimento rockero, pero, lejos de comprender que había sido un accidente lo que lo mandó al sofá que estaba orillado a la pared, por el cual Aborto de Cucaracha le pidió disculpas saliéndose de la olla también para ir a verlo con sonrisa de preocupación y nervios, Chúo-Maníaco le arremetió a puñetazos en el estómago (Aborto de Cucaracha medía como dos metros de alto, y Maníaco como metro y medio). Cubillas y yo nos metimos a separarlos, pues nos dimos cuenta en seguida de la paliza que Aborto de Cucaracha, molesto porque su disculpa fue respondida violentamente, le estaba propinando a Chúo-Maníaco.

Cherry, que estaba ya dormida y aún parcialmente desnuda (tal vez exagero) sobre otro sofá, recibió la grotesca embestida de mi humanidad sobre su abdomen cuando Aborto de Cucaracha me bombeó de un codazo en la mandíbula. Cherry se despertó sobresaltada, aún en la máxima ebriedad, y me golpeó sin fuerzas en la costilla mientras me decía que fuera a violar al coño de mi madre. Me paré obstinado e intempestivamente le gruñí “iduérmete, vale!”. Luego me alejé de ella, que enseguida se desvaneció de nuevo.

Entre Cubillas, Manuelote y Doble-Loco lograron separar la pelea. Cubillas, siempre dándoselas de sabio mediador (lo mismo hacía en los conciertos, con situaciones similares), le

preguntó a ambos contendores qué era lo que había pasado, y se generó una discusión tremenda, ambos vociferando al mismo tiempo. La olla de *slam* se había terminado totalmente, y Gioconda había bajado el volumen al equipo de sonido mientras pasaba la discusión. Desde su rincón gritó “¡Dejen la pelea ya, vale!”. Niño-Rata, que había traído su guitarra eléctrica, terminó por apagar el equipo y se puso a tocar a bajo volumen, mientras un reducido público de cuatro personas le cantaba acompañándolo y le pedía los éxitos más típicos y, por supuesto, algunas rarezas interesantes del rock. Chúo-Maníaco se molestó tanto que agarró su chaqueta y se fue del *tripeo*, mientras Aborto de Cucaracha le gritaba insultos “decentes” (inmaduro, delicado, malcriado, llorón).

No era la primera vez que Chúo-Maníaco nos arruinaba un tripeo, así que, en general, a todos nos pareció mejor que se fuera... Él siempre le hacía honor a la segunda parte de su apodo –por algo lo tenía. Los que no estaban dormidos de la borrachera, drogados en el patio, o yéndose de la casa de Cherry, nos sentamos alrededor de Niño-Rata a cantar.

Niño-Rata era el guitarrista y vocalista de un trío llamado Mente Distorsionada. Era el único de la banda que había ido a la fiesta, pues el bajista, Juan Franco, era un rockero quinceañero medio sometido todavía por su familia y no lo habían dejado venir, y el baterista, Demente Decente, era también percusionista de una Banda Marcial, y como tenía toque a la mañana siguiente, que iba a ser efeméride nacional, no había querido ir para no amanecer con resaca.

La banda predilecta de Niño-Rata era Theatre Of Tragedy, y se sabía casi todas sus canciones, así que por cada una que le pedíamos, él tocaba una del Teatro de la Tragedia. Gioconda tenía muy buena voz lírica para el rock gótico, y le gustaba acompañar a Niño-Rata cantando, y esto, generalmente, causaba unos celos terribles en la novia del guitarrista, Roxana, que no cantaba ni un mísero y desafinado si bemol menor. Niño-Rata y Roxana habían discutido muchas veces al respecto, y esa madrugada las tensiones entre las dos muchachas, reventaron. Cuando interpretaba los temas del disco *Aégis* de Theatre Of Tragedy, Gioconda, inocente de todo y medio prendida también, se paró de donde estaba frente a Niño-Rata para sentarse al lado de él, e intentó hacerlo en medio de la pareja, por lo que Roxana no lo pensó dos veces para empujarla rústicamente por las nalgas que intentaban posarse.

Gioconda, luego del traspié, se volteó y miró a Roxana con furia. Roxana intentó vociferar algo cuando recibió una estridente patada en la boca. Niño-Rata soltó la guitarra de inmediato y cuando se intentó incorporar para separarlas, Roxana le lanzó un puñetazo en el tabique de la nariz que lo noqueó, dejándolo en suelo y se lanzó sobre Gioconda. Se dieron puños, haladas de cabello y de ropa, Roxana, que tenía puesta una franelilla, pronto quedó con medio busto a la vista, mientras que Gioconda, que tenía una licra negra, pronto quedó prácticamente en pantaletas. Nadie las separó, sólo les gritábamos que se dejaran, se soltasen. El músico estaba en el suelo, casi desmayado, atendido por Cubillas y Aborto de Cucaracha. Los rostros,

brazos, cuellos y pechos de las dos chicas, ya sangraban por varios rasguños. Niño-Rata logró incorporarse cuando ya Roxana estaba realmente ahorcando Gioconda, extenuada en el piso. Por fin, él y Cubillas levantaron a Roxana, mientras Aborto de Cucaracha y yo recogíamos a Gioconda del suelo, que ya lloraba de la rabia y tosía muda y ahogada. Las uñas largas de los pulgares, esmaltadas en negro, de Roxana, le habían abierto dos gruesas heridas en el cuello a Gioconda.

La *tripa* se detuvo definitivamente. Era primera vez que se tornaba tan violenta. Roxana comenzó entonces a insultar y golpear a Niño-Rata, quien finalmente le dio una cachetada que la sentó en una silla, le gritó que terminaba con ella y que era una loca, y se fue a guardar su guitarra en el estuche. Apagó y desenchufó su pequeño amplificador de ensayo de ocho pulgadas, recogió sus cosas y se fue de la casa. Aborto de Cucaracha le dijo que lo llevaba, pues acababa de decidir, junto con Cubillas, llevar a Gioconda al hospital. Se fueron por fin, y al mismo tiempo que ellos pero por otra ruta, se fueron varios otros. Roxana recogió sus cosas y se fue también, soltando un portazo tras de sí.

Sólo quedábamos ya Esteban, Manuelote, Doble-Loco, Cherry, Fabiana y yo en la sala, Jenny y Disgustado en el cuarto del papá de la anfitriona, teniendo sexo desde las once de la noche, Guerrero, Pedrogaíto, y Leo (los adictos) en el patio delantero de la casa riéndose de todo lo que pasaba adentro, y Castillo, Peter y Mireya durmiendo en la habitación de Cherry. La fiesta había comenzado con

treinta y dos personas. Esteban y Manuelote, que eran hermanos, decidieron irse. Se habían molestado ya porque la tripa había terminado muy mal. Yo les dije que prefería quedarme para saber qué le había pasado a Gioconda. Al menos eso fue lo que dije. Por mensajes de celular, ya le iba a preguntar a Aborto de Cucaracha cómo iba el asunto, pero ellos dijeron que luego se enterarían, así que se fueron. Doble-Loco y Fabiana se fueron afuera con los *fumones*, aduciendo que allí la fiesta estaba realmente divertida, pues Leo había estado tocando su guitarra acústica toda la noche, acompañado de dos fervientes y desafinados cantantes de los éxitos sesentosos y setentosos.

En la sala quedé solo con Cherry, que era como si no estuviera. Fui a los cuartos a ver qué estaban haciendo los otros y, tal como pensé, todos estaban dormidos, incluso Jenny y Disgustado.

Cherry era huérfana de madre, y la había criado su padre, un militar activo y de buen rango que iba a su casa sólo cada quince días y tenía muy malas relaciones con su hija de dieciocho años. Cherry realmente se llamaba Jéssica Jáuregui, pero no le gustaban ni su nombre ni su apellido, por eso siempre se presentaba con su apodo. Además, era bisexual y sólo lo sabíamos los amigos más cercanos. Me puse a pensar todo eso porque me sentí solo en una casa que sentía y era ajena, a pesar de que había estado tantas veces en ella. Sin embargo, también sentí, ya a las cuatro de la mañana que eran, como si tanto Cherry y su casa fueran responsabilidad mía. Ya yo conocía de memoria la casa,

por supuesto. Busqué las llaves, que colgaban indolentes de un adorno en la pared y tranquilé la puerta, dejando a los drogados cantantes y sus abstemios admiradores definitivamente afuera, sin que se dieran cuenta. Luego fui y cerré la puerta de atrás. Cerré los cuartos también. Fui al equipo de sonido y coloqué, a muy bajo volumen, un disco compacto de baladas rockeras que saqué de los discos de Cherry, de los que yo una vez, intentando ser tierno, le regalé.

Comencé a sentirme deprimido, vacío. Sonó *My immortal* de Evanescence primero. Recordé que Juan Franco, el bajista de Mente Distorsionada, sabía mucho de inglés y cantaba las canciones aún mejor que Niño-Rata, Gioconda, Cherry o cualquier otra persona. Uno le pedía que las tradujera y él lo hacía sin problemas. Todos le admirábamos eso. Yo había intentado aprenderme esta canción, pero siempre la olvidaba y sólo me quedaba tararearla. Me deprimió no poder cantarla bien. Saqué más cervezas de la nevera, las puse en la pequeña cava de anime con hielo a mi lado, y comenzó a sonar *Roulette* de System Of A Down. Recordé que esa canción me la había dedicado Cherry cuando habíamos sido novios, dos años atrás (ni sabíamos qué decía la canción). Terminamos porque quería tener cosas como un trío conmigo y otro hombre, esa era su fantasía sexual, pero yo no estaba interesado en esas cosas, más bien solía ser muy moralista. Hoy, no sé si opinaría igual. Si Cherry me lo pidiera, tal vez accedería. Me deprimí entonces mucho más. Y peor fue con la tercera canción que sonó: *Still loving you* de

Scorpions. Me di cuenta de que, realmente, mi último amor había sido ella. Porque estuve con otras, pero nunca fueron realmente novias legales. Tan sólo aventuras que tuvimos a escondidas, o diversiones momentáneas. Con Cherry yo había andado agarrado de manos, todos sabían que éramos pareja. En los conciertos, siempre teníamos un rato para besarnos y tocarnos en la oscuridad de los baños, mientras alguna banda *chimba* tocaba.

Barto un día me dijo que Cherry no me convenía, pero nunca comprendí exactamente por qué. Barto es uno de los rockeros más viejos de todos nosotros, tiene cuarenta y siete años. Ha formado varias bandas, de las cuales yo, por mi edad, sólo recuerdo dos: Alter-Cado, cuando yo tenía catorce años y comencé a reunirme con los rockeros. Luego la disolvió y formó, dos años después, Stereo Géminis, que se separaron prontamente. Barto es un excelente cantante, guitarrista y amigo... Cuando comenzó a sonar la cuarta canción, *Nothing else matters* de Metallica, me di cuenta de que, definitivamente, a pesar del respeto que le tenía a Barto por darme consejos, yo aún estaba enamorado de Cherry. La observé desde los cuatro metros que me separaban de ella, durante largo rato. Me paré y fui a sentarme a sus pies, en el sofá, cuando me llegó un mensaje de celular de Aborto de Cucaracha: Gioconda estaba grave, no entendí bien por qué. La noticia me impactó y le respondí preguntándole (con lo último que me quedaba de pila en el teléfono) si estaba seguro, si no me bromeaba. Él me respondió que no jugaría jamás con eso. No pude continuar conversando con él porque se

me apagó el teléfono y no tenía ni idea de dónde estaba el celular de Cherry. En el reproductor comenzó a sonar *When a blind man cries* de Deep Purple. Mi depresión aumentó tanto que no pude evitar llorar. No sabía si era porque me sentía muy solo, si estaba muy borracho, si por la noticia de Gioconda, si por lo que sentía por Cherry y como me chocaba verla en un estado tan deplorable. Tomé la decisión repentina de taparle bien los senos con su propia franela. Intenté despertarla cuidadosamente para decirle lo que había pasado, pero fue en vano, así que la dejé seguir durmiendo. Levanté sus pies y los puse sobre mis piernas para poder sentarme bien, pues estaba en el borde del asiento. No me atreví a mover la mano con caricias. Sólo me quedé quieto allí, viendo la ventana oscura. Comenzó a sonar *Epitaph* de King Crimson. La letra tampoco me la pude aprender, sólo sabía, por referencias, que era una buena letra, que hablaba sobre la humanidad y su autodestrucción, que su destino estaba en las manos de unos tontos. Para cuando terminó la canción ya me estaba durmiendo. Quise negarme pero cuando comenzaba a sonar el siguiente tema, *Born Again* de Black Sabbath, ya estaba prácticamente dormido.

Al despertar, eran las diez de la mañana en el reloj de pulsera de Cherry. Afuera se veía nublado y lloviznaba. Los pies de ella seguían sobre mis piernas. Las llaves fuera de lugar, las puertas abiertas de los cuartos, que podía ver desde mi puesto, y el silencio general, me revelaban que habíamos quedado solos en la casa ella y yo. Los pies de Cherry estaban muy fríos. Exclamé en vano una frase de película de

ciencia ficción: “¿Hay alguien en casa?”. Intenté despertarla de nuevo, pero tampoco pude hacerlo. La depresión no se me había aliviado del todo con el sueño, principalmente porque había tenido unos sueños muy raros, como sacados de un videoclip de Tool o Nine Inch Nails. Intenté despertar a Cherry con más firmeza. Le agité el abdomen y lo noté duro y frío. Le agarré la mano, agitándole el brazo también mientras la llamaba suavemente por su apodo. “Cherry, Cherry”. Fue inútil. Empecé a llorar temiendo o notando lo peor. No entendía por qué había sucedido eso. Seguí pronunciando su apodo durante un largo rato. Lloré más sonoramente durante otro rato más, luego me calmé un poco... y así me he mantenido durante estos dos días. Nadie ha venido a tocar ni a preguntar, afortunadamente. Ayer me enteré por un par de segundos que logré encender el teléfono de nuevo que, gracias a una donación de sangre de Niño-Rata, precisamente el del mismo tipo, Gioconda ya estaba mejor, sin embargo, ya el teléfono definitivamente no encendió más. La cerveza de la cava de anime se me acabó. Mañana es lunes, tal vez llegue el papá de Cherry. Me verá aquí, fiel a estos pies fríos. No sé qué diré porque no he podido pensar en nada realmente, salvo en cómo se va descomponiendo el pálido cuerpo. Además, el olor ha atraído algunas moscas. He logrado matar sus huevos echando gotas de cerveza donde los ponen, pero ya no me queda casi. Y ni siquiera estoy totalmente seguro de saber si el papa de Cherry, que por cierto me detesta, llega mañana.

HEAVY METAL

*“Beware of the alieNation
Beware of the truth that they seek
They pray for eternal salvation
They pray for your soul to keep”
Scorpions: AlieNation*

Xenón ha sido siempre un desquiciado (es un decir). No sé cómo lo hace, pero cada vez que vamos a un toque, le encanta meter la cabeza entre las cornetas y allí se tripea casi todo el concierto de su banda o canciones favoritas. Casi ni ve al escenario. Cuando se quita de la corneta, se mete en la olla de *slam* y nunca levanta la cabeza. De los grupos de por aquí, le encanta principalmente Parricidio. Él decía que hasta le recordaba al odio que había sentido por su padre, un viejo borracho que jamás se preocupó por él salvo para pegarle. Siempre que salimos de los conciertos, que nos vamos Gabi, Xenón y yo juntos, decía “me suena un pito en los oídos, no sé por qué”. Y nosotros le exclamamos “¡¿Y vas a preguntar por qué?!”

Xenón (para colmo de males, de igual nombre que su papá), era de esos rockeros insaciables, que sólo oyen *heavy metal* y consideran que todo el resto es basura; tal vez por la edad: él era mayor que la mayoría de todos nosotros. Sus bandas favoritas eran Iron Maiden, Saxon y Judas Priest.

Debo acotar algo, en honor a la verdad: Xenón sí veía el escenario, cada vez que, intermitentemente, se subía a él para luego lanzarse sobre el público, quienes no siempre lo atajaban de la mejor manera, por lo cual regularmente terminaba dándose un macizazo en el suelo. Una vez hasta se le partió una costilla que pegó de una bota punta de acero de uno que ni se percató. Por todas estas razones, lo que le sucedió a Xenón aquella detestablemente imborrable noche, después del Festival de Bandas Emergentes, es comprensible. Tocaron buenas bandas ese día. Mescolanza, Ritual Virtual, Los Podridos Imbéciles, Shuriken, Mente Distorsionada, y Hoja Roja con su habitual y ya famosa Competencia de Eructos. El jurado del festival estuvo conformado por dos músicos rockeros viejos (*muy* viejos), dos empresarios discográficos, dos periodistas de espectáculos y una famosa manager de importantes grupos del país. Los más genuinos *heavymetaleros* del Festival fueron los de Hoja Roja, y por ellos, Xenón gritó a más no poder, pues la decisión final del jurado dependería de cuanta bulla hiciéramos (¡patrañas!). A mí la que más me gustó fue Los Podridos Imbéciles, una magnífica mezcla de *trash metal* progresivo y *grunge* lúdico, de frases pegajosas y *riffs* contagiantes con solos de guitarra muy veloces, y todo esto acompañado de interpretaciones teatrales realmente excelentes. Pero, había que reconocer el virtuosismo de los músicos de Hoja Roja. Todos eran muy buenos, en medio de una canción tenían un solo de bajo y guitarras, tocados formando acordes a ritmo de fusas y semifusas. Era sencillamente buenísimo. El baterista y el tecladista tocaron y cantaron una canción ellos dos solos,

sin el resto de la banda. El vocalista tocaba la armónica, la mandolina, el violín y hasta una flauta dulce, dando a la agrupación un toque de *juglar metal* que se evidenciaba mucho más con unas letras épicas, de tono medievalista, con espadas, caballeros, dragones, hadas, magos... en fin, había que reconocer que eran muy buenos, así que, para no llevarle la contraria a Xenón... (sí, porque después si uno no lo apoyaba comenzaba a maldecir a todo y a todos, y exclamaba “por culpa de ustedes es que al rock no lo toman en serio”. Xenón era un poco extremista. Y esa noche lo demostró fehacientemente).

Un punto de a favor de Hoja Roja, para Xenón, era que el vocalista de la banda era amigo de él desde que estudiaron juntos, se llamaba Pablo (me lo había repetido miles de veces). Sin embargo, esa noche, el público enloqueció con la banda Ritual Virtual, una cosa, para nuestro gusto, demasiado tecnológicamente elaborada, con mucha influencia *tecno*, donde cuatro músicos y un *dj*, todos con poco talento y mucha payasería, y con un agregado de sonidos afro, habían hecho brincar y bailar a la gran mayoría de los presentes. Los empresarios discográficos dieron el visto bueno a Ritual Virtual (¡por supuesto!), la manager (una comerciante más) también. Los dos viejos músicos preferían a Hoja Roja, y los dos periodistas preferían a Los Podridos Imbéciles, porque estos además eran bastante impresionantes a nivel de puesta en escena. Sin embargo, tres eran mayoría, y mucho más si los apoyaba el público. Gabi, más divertida que otra cosa, inflamó su grito a favor de Ritual Virtual también, lo cual le mereció un insulto de

parte de Xenón: “¡sí eres frívola!”, a lo cual ella contestó burlándose “¡Yo no te he freído las bolas!”. Finalmente, a las diez en punto de la noche, el jurado se posó en el escenario luego de veinte minutos de deliberación: Ritual Virtual, 1er lugar; Los Podridos Imbéciles, 2do lugar; y 3er lugar, Shuriken. Para Xenón, eso fue el acabóse. Había dejado pasar muchas cosas como esa en ediciones anteriores del Festival, donde siempre ganaba el grupo más comercial y el de mejor calidad era relegado al segundo o tercer puesto. Incluso, él había sido víctima de ello, ocho años atrás (yo no lo conocía entonces). Tenía una banda llamada Alquímica, donde él tocaba el bajo, que era de las mejores de la ciudad. Tenían un estilo que prometía innovar en el rock nacional, pues era *heavy metal* con ritmos a tres tiempos y a doce por ocho, con inclusión de instrumentos inventados por los guitarristas de la banda –eran hermanos-, que eran ambos luthieres, habiendo aprendido juntos ese difícil arte en España. El baterista tocaba ahora para una banda instrumental y experimental de otro país, quienes ya tenían una respetable discografía, llamada Eco-Localción. El vocalista, más bien, se había dedicado al canto operético y nunca volvió a los senderos del *heavy metal*. Xenón, era pues, un frustrado en toda la extensión de la palabra.

En fin, Xenón, obstinado de la misma situación año tras año (cosa que cuando comenzó el Festival no sucedía así), y un poco pasado de tragos, logró pasar la barrera de seguridad y se subió al escenario, arrojando de un empujón a los dos empresarios discográficos, que cayeron

aparatosamente sobre la batería que había quedado de la última banda en tocar. Los tipos de seguridad corrieron hacia él y lograron agarrarlo justo después de propinarle una patada en los testículos a uno de los empresarios y le gritó lo que nos gritaba siempre a nosotros: “¡Por culpa de gente como ustedes es que al rock no lo toman en serio!”. En ese momento comprendí que el grado de frustración que siempre le habíamos notado a Xenón por no haber podido continuar en la música era mucho más grande de lo que podíamos imaginar. Entre cuatro agentes de seguridad sacaron a Xenón del escenario y lo metieron en el público. Allí la reyerta empeoró. El público, molesto por la actitud “desestabilizadora” de Xenón, arremetió contra él. Fue pateado, golpeado, pisado, rasgado. Los de seguridad, metidos en el ardor de la lucha, y los músicos viejos, desde el escenario, mediante los micrófonos, lograron calmar a la gente enrarecida, y sacaron al pobre hombre de allí. Yo traté de ayudarlo, pero fue en vano, así que le pedí a los de seguridad que nos llevaran a mí y a Gabi con él, que lo conocíamos y habíamos venido juntos al concierto. Ellos, luego de cuchichear, accedieron y nos dejaron pasar. Fuimos hasta la parte de atrás del escenario mientras oíamos en los llamados por micrófono a la paz y la concordia, la cual se logró casi de inmediato. Xenón fue llevado al hospital en una ambulancia. Gabi y yo tuvimos que irnos pagando un taxi carísimo que ellos nos consiguieron tras la ambulancia. A mitad de camino, el taxi se accidentó. No sé que falla tuvo que comenzó a botar humo por el emparrillado del capó y tuvimos a bajarnos, a eso de las diez y media de la noche, en plena avenida Fuerzas Armadas. El señor, amablemente,

nos devolvió el dinero. Perdimos la ambulancia de vista para cuando logramos tomar otro taxi, un poco menos caro. Ya no oíamos la sirena tampoco. El otro taxi nos llevó hasta el hospital y allí preguntamos por Xenón, pero no había registros de entrada de él, ni por Emergencias ni por ninguna parte. Gabi dijo que tal vez lo habían llevado a otro hospital, así que, como aún teníamos algo de dinero, tomamos otro taxi que nos llevara al más cercano. Este taxista, como nos notó muy angustiados, nos llevó hasta el otro hospital por un precio más bien bajísimo. Pero allí tampoco estaba Xenón. Gabi sacó una tarjeta telefónica que casi no había gastado, mientras yo conseguí los teléfonos de los otros hospitales que estaban más lejos (los pedí en la recepción). Fue inútil. Xenón no estaba en ningún hospital. Hirviendo de rabia golpeé las paredes, hasta que me sangraron los nudillos, así que una enfermera y un policía me pidieron calma, mientras Gabi lloraba. La enfermera curó mis heridas y el policía nos preguntó lo que pasaba. Entre ambos le contamos con un poco de desorden la historia, pero el policía sólo siguió diciendo que nos calmáramos y que no debíamos seguir asistiendo a esos conciertos de rock, “por nuestro propio bien”. Nos dijo que pasáramos allí la noche y en la mañana nos conseguiría algo de dinero para pasaje popular e irnos a nuestras casas. Agotados ya, accedimos, confiando en que, tal vez, alguno de los hospitales a los que habíamos llamado hasta gastar por completo la tarjeta de Gabi, tenía a Xenón sin saberlo porque, tal vez, había perdido su cartera con su documentación durante le golpiza, o porque, tal vez, ya Xenón estaba bien y rumbo a su casa.

En la mañana, nos fuimos a nuestras casas. Pasó una semana, luego dos. Nada sabíamos de Xenón. Volvimos a llamar a los hospitales. Su casa seguía sola (él vivía solo). No conocíamos a ningún familiar suyo para preguntarles. Su padre había muerto hacía años. Nunca hemos reparado en que la última vez que vimos a Xenón fue aquella, entre decenas de puños y punteras. Lo que más nos duele, ahora a Gabi también, es que la banda Ritual Virtual haya tenido tanto éxito internacional con su primer disco.

INTERLUDIO I

Reflexiones rockeras suburbanas

El lector se preguntará por qué esto no es un prólogo a este libro, es decir, por qué no está de primero. O se preguntará por qué no es un epílogo. El lector se preguntará muchas cosas, pero la verdad, no me interesan. Este libro va dirigido especialmente a los cientos de rockeros que he conocido, los miles que no conozco, y los millones que habitan el mundo. ¿Qué es un rockero? Habría que preguntarse. Hoy en día, lo que es un rockero, dista muchísimo de lo que era cuando nuestros padres nos amamantaron con teteros de los Rolling Stones, Led Zeppelin, King Crimson o Jethro Tull. Un rockero, sobre todo a partir de finales de los setenta, los ochenta y noventa con el boom del heavy metal es un tipo muy diferente de persona de la que era en los primeros setenta, y ni hablar de los sesentas. Estamos hablando de gente (músicos y escuchas) que hallaron en la música no sólo una forma de protestar contra el *stablishment*, o ser unos “come flores” en el mejor sentido del término. Los rockeros que crecimos escuchando de Black Sabbath para abajo, de Metallica para abajo, de Nirvana para abajo, de System Of A Down para abajo, somos otra clase de gente. La protesta y la esperanza en una revolución dio paso a la rabia, la frustración, la ira, el enojo contra un sistema inquebrantable que no basta con protestarlo, hay que destruirlo desde dentro. El Punk influyó mucho en esto,

por supuesto, pero el punk tuvo la limitante de no crecer musicalmente. No por ello se le quita su mérito, pues su intención no era “crecer musicalmente”. Pero lo que al Punk le faltaba de “virtuosismo”, al Heavy Metal comenzó a abundarle tempranamente. Sobran los ejemplos y los rockeros que puedan estar leyendo esto saben de qué hablo. Muchos escritores, con sus debidos méritos, le han rendido honores a la salsa, al bolero, al tango, al merengue. Yo, con este libro, rindo, más que honores a un género musical, un Tributo a los Rockeros del mundo, esos frustrados de los que Ozzy Osbourne habla en el epígrafe a este libro. A los seres humanos vulnerables que hay detrás de esa música férrea e impenetrable que es el rock pesado.

La diferencia de una generación a otra es fácil de determinar si tomamos como ejemplo las letras de dos canciones muy relacionadas en su mensaje, pero muy distintas en su manera de expresar el descontento con todo. La primera es una canción muy lenta y triste, casi como una canción de entierro. La segunda es una canción también lenta de ritmo, pero no es triste, no “parece” una balada, ni una canción de entierro. Parece una canción nacida de las entrañas del infierno. La primera es de 1969, la segunda es de 1991. Se trata de *Epitaph* (Epitafio) de King Crimson en el primer caso, y de *Horrorscope* (Horroróscopo) de OverKill. ¿Las han leído? Si no, aquí les dispongo una traducción mía:

Epitafio

*El muro donde los profetas escribieron
está despedazándose desde su base
sobre los instrumentos de la muerte
la luz del sol brillará esplendorosamente
cuando cada hombre se haya apartado
con sus pesadillas y sus sueños
¿nadie lucirá los laureles
cuando el silencio ahogue los gritos?*

*La confusión será mi epitafio
mientras mi arrastre a un destino despedazado y roto
y si lo logramos, todos podremos sentarnos y reírnos
pero me temo que mañana yo estaré llorando.*

*Entre las férreas puertas del destino,
las semillas del tiempo fueron sembradas,
y regadas con las proezas de aquellos
que se conocen y son reconocidos;
El conocimiento es un amigo mortal,
si nadie establece las reglas.
El destino de toda la humanidad que veo
está en manos de los estúpidos.*

Sí, me temo que mañana estaré llorando.

Y la otra dice:

Horroróscopo

*Momentos críticos pasan y las doctrinas de los necios
perdurarán
sólo estoy tratando de hacer frente dentro de mi
Horroróscopo
a través de los ojos y los oídos, sangran recitando su
credo sagrado
prestando atención a una solicitud pero el futuro es
mandado a dormir*

*Bendíganme en días oscuros, arrodillado, rezo
sólo estoy tratando de hacer frente en medio de mi
Horroróscopo
en el despertar de toda la frustración, comienzo a perder
el control*

*Vi cómo las armas disparaban, las bombas estallaban en
el aire
quemadas en los campos de fuego, parado en medio de
la nada
Vi cómo las armas disparaban, bautizado en los campos
de fuego*

*Bueno, el cambio está aquí, el futuro está claro,
puedo sentirlo venir.
Tan lleno de odio, se está tardando,
sí, ya sé que va a venir.*

*Cuando todas las opciones se conviertan en una sola voz,
sí, el viento está girando
Este es tu Horroróscopo.*

*Palabras atadas con blasfemia, gotean con sinceridad
Cayendo según el plan como corderos sacrificiales
Escuchando las palabras y diciendo: grilletes como
clavos para la cabeza
Ahora que no puedo ver las estrellas sé que hemos ido
demasiado lejos.*

Y es que si algo descubrió el Heavy Metal que antes no se había percatado el mundo, fue de que habíamos entrado a puerta batiente y de pecho al infierno. Inocentes quedaron las preocupaciones, pretensiones y tentaciones de William Blake, cuando Bruce Dickinson agarró el micrófono a la voz de Iron Maiden; o las de Edgar Allan Poe cuando James Hetfield hizo gruñir su voz, al mando de Metallica... y todos los Malditos, los simbolistas, los dadaístas, los surrealistas quedaron como bebés de cuna cuando Tom Araya y Max Cavalera, liderando las bandas Slayer y Sepultura, no sólo gruñeron la voz, sino que convirtieron todo el canto rockero en el Death Metal que llevó hasta sus últimas consecuencias una música como nunca la pudieron haber soñado ni Schöenberg ni Bruckner. Cuando Alfredo Escalante decía, a medianoche, con su voz lúgubre como de muerto, en la radio venezolana, que el rock era la música que había “sacudido y sacude al mundo”, no hablaba de cualquier eslogan elogioso a las cabezas que

se agitan o los pies del *twist*. Es que en cuanto a decibeles, la música rock exige ser oída en medio de un mundo caótico donde el ruido, la contaminación, la máquina, la industria, las cornetas del tráfico, los discursos y mítines políticos demagogos, los apuros de los que asumen la vida cotidiana como si sólo fuera un escalafón socioeconómico, y otros géneros musicales que, aunque merezcan respeto, sólo evaden la realidad, ante todo eso, el rock pesado de hoy, se posiciona como una genuina y rabiosa voz no sólo de protesta, sino de agitación, de combate, de destrucción, de violencia, de agresividad, para combatir la pasividad alienante de la sociedad, para despertarnos, para guiarnos en la rabia, esa rabia de la habla Judit Gerendas en su novela *La balada del bajista*, o Jordi Sierra i Fabra en su novela juvenil cuyo título es elocuente: *Rabia*. La tristeza y la rabia son los sentimientos por excelencia del rock. Pero la roca es dura, resistente y en resistencia, y si te metes con ella, te puede golpear duramente de regreso. Cuando tomes una roca en tus manos, contéplala y acaríciala, podrías llegar a convertirla en tu mejor aliada para darle sentido a tu queja, para darle una causa a tu rebeldía. Y arrójala sólo cuando estés seguro de darle a quien se lo merece.

* * *

Esto que usted leerá a continuación en estas brevísimas líneas, sí se parece más a un prólogo, y le da sentido al título de nuestro interludio: La gran mayoría de los personajes de estos textos, están inspirados en personas reales que

conocí en mis andanzas de rockero, cuando tenía entre 15 y 20 años. Esa etapa de mi vida la viví casi exclusivamente en Santa Teresa del Tuy, un pueblo muy pequeño, insignificante para el mapa de Venezuela, pero con una vida urbana suficientemente pujante como para que existiera un mundillo de locos vestidos de negro, desadaptados, bulliciosos, ebrios, pero sobre todo, muy humanos, muy panas, y con muchos de ellos y ellas, compartí momentos de todo tipo que me enseñaron a aceptar a la gente tal cual es, sin juzgarla, sin menospreciarla. En el mundo o la “fauna” de los rockeros, a pesar de los miles de defectos que puedan tener, no hay hipocresía, no hay bullying, no hay rechazo al otro, no hay odios vengativos y, si los hay, no pasan de ser situaciones momentáneas, porque no hay “patotas”, no hay “mafias” organizadas a pesar de que hay consumidores de drogas por montones, estos no son lo que llamaríamos “peligrosos” para la seguridad ciudadana. Es decir, no hay crimen organizado. Hay por el contrario, y pese a lo que parece, mucha avidez de conocimiento, mucha cultura general, muchos deseos frustrados de aprender cosas sin tener que sucumbir al sistema educativo tradicional, de trabajar sin tener que “venderse” al sistema, de cumplir la ley sin ser un mojigato, de ser útil a la sociedad sin ser un utensilio... He conocido rockeros de todo el país, y en este plano la gran mayoría están cortaos por la misma tijera y muchos de ellos, ayer acusados de “comegatos”, “satánicos”, “drogadictos”, “locos”, y un largo etcétera, hoy son intelectuales, trabajadores, artistas destacados, padres y madres de familia, practicantes de alguna religión común y corriente, socialmente aceptada,

o militantes de la causa revolucionaria... En fin... ¿Para qué más decir? Ustedes, rockeros, se conocen. Y quienes no los conocen, están conociéndolos panorámicamente en estas páginas. Pero sigamos con los cuentos estos locos de rockeros desaforados, estas historias que he inventado para entretener a las mentes ociosas y mostrar lo obvio a quienes nos miran raro: los rockeros son gente, ¿saben?

TRASH METAL

A la memoria de Pedro Luis Abreu Mejías “Matosito”

*“don’t tell me what to do,
I don’t care now, cause I’m on my side
and I can see through you
Feed my brain with your so called standards.
Who says that I ain’t right?
Break away from your common fashion,
see through your blurry sight”*
Metallica: *Escape*

*“You can’t take me out of my hell,
You can’t take the hell out of me”*
Overkill: *Necroshine*

Como si supiera lo que le iba a pasar doce años después, Cándido (era su apodo, no su nombre) me pidió que lo acompañara al concierto de Lengua Muerta y Obelisco. Yo le había dicho el día anterior que esa banda, Obelisco, no me gustaba mucho (eran medio *fresa*), y Lengua Muerta eran hartos conocidos, tocaban siempre las mismas canciones, tenían dos años tocando y no habían reemplazado ni una canción de su repertorio, y ya yo prefería ver otra cosa. Eso se lo volví a explicar, le dije que incluso me habían dado ya una entrada, pero no quería ir. Él me dijo que no fuera gafo y acudiera al concierto aunque fuera sólo para estar con los panas. Dicho

eso pronunció la palabra “además” y me mostró la botella de cocuy que llevaba escondida bajo la chaqueta y metida en el pantalón. Cándido sabía convencerme. Accedí, pero le dije que me estaría tranquilo en el concierto porque esas bandas no me provocaban meterme en la *olla de slam*. Él me dijo que yo sí era marico y agregó “vamos pues”.

La ventaja de los rockeros de pueblo es que todos los toques les quedan cerca, a menos que sean en las afueras, pero este era a unas cuatro cuerdas de donde estábamos: en la plaza Bolívar. Cuando empezamos a caminar pasamos cerca de otro grupo de rockeros y una de ellos, Samanta, llamó a Cándido. Este se detuvo al oírla y ella se acercó.

— ¿Tú vas al concierto?

— Sí.

— Hace rato bajó William. —Samanta me saludó con un beso en la mejilla pero sin prestarme mucha atención.

— ¿Sí?

— Sí. ¿Vas a ir igual?

— Bueno, voy acompañado —obviamente se refería a mí.

— ¿Porqué? —no pude evitar intervenir en la conversación—

¿Te pasó algo con William?

— ¿El bobolongo este no te ha contado?

— No. —observé intrigado a Cándido quien al tiempo me pasaba la botella.

— Se agarraron a coñazos en estos días ahí. —Samanta señaló con un gesto labial un lugar específico de la plaza, cerca de la pared lateral de la iglesia.

— Coño, me entero. ¿Y eso? —le pregunté a Cándido y me

eché un trago.

— Pendejadas.

— Por una guitarra. —intervino Samanta—

En ese momento se acercaron los otros que estaban entretenidos entre risotadas. Devolví la botella.

— Vamos pues que ya debe haber empezado. —dijo uno de ellos, creo que se llamaba Francisco.

— ¿Estás cagado por William? —dijo el otro, Carlos—
Tranquilo. Si se mete contigo, lo jodemos.

Es que Cándido, aparte de tener mucha fama de pacífico, de esos borrachos que quieren y aman a todo mundo indiferentemente del sexo, era de muy baja estatura, mientras que el tal William tenía fama precisamente de todo lo contrario y su estatura también era exactamente contraria a la de Cándido. Para nosotros, William ni siquiera era un rockero de verdad. Sólo un malandro vestido de negro. Incluso todos sabíamos que iba a los matinés salseros con su novia.

— Sí va. —agregó Francisco.

— Bueno. —terminé fingiendo una valiente decisión—
Vamos a bajar, pues.

Bajamos las cuatro cuerdas y ya desde dos esquinas antes del recinto se escuchaba el estruendo de la música. Sin embargo el concierto no parecía haber empezado porque lo que sonaba era la conocida canción instrumental

de Metallica, *Orion*, amenizando el preludio al toque. También había varios muchachos afuera, sentados en las aceras, y entre ellos pudimos ver a William, entre sus amigos, algunos en común nuestros, otros definitivamente no. Estuvimos un rato en una conversación vacía con otros panas, cerca de la puerta del recinto. Ya el cocuy comenzaba a hacerme efecto porque no había comido desde la mañana. Era inevitable cierta tensión entre nosotros, todos buenos amigos y casi protectores de Cándido, y, en la acera de enfrente, William y compañía. Uno de los que estaba con William, Cubillas, se nos acercó y nos saludó a todos. Luego se dirigió a Cándido:

— William quiere joderte.

— Yo sé.

— Yo le dije que lo dejara así, pero dice que tú le faltaste el respeto y a él “nadie le falta el respeto”. —Cubillas tenía cierto tono entre burla y comprensión a la bestia que era William.

— Porque él es un abusador.

A todas estas, yo no entendía nada porque aún no me habían contado. Además, prendido, me costaba entender cualquier cosa.

— ¿Y por qué no le pides disculpas?

— Él no tiene por qué pedirle disculpas al bicho ese. — increpó explosiva Samanta.

— Bueno, yo sólo decía que... —Cubillas se calló en seco cuando un gesto y la voz de Francisco lo interrumpió.

— ¿Con quién estás?

— Yo no estoy con nadie, mi pana. —dijo Cubillas rápidamente— Yo sólo quiero que no peleen. Los dos son amigos míos.

— Bueno ¿y qué haces tú aquí, chico? —volvió a atacarlo Samanta— ¿Tú eres ahora el mensajero de William?

Consideré que aunque las intenciones de Samanta eran buenas, si seguía alzando la voz iba a terminar por invocar al diablo que estaba a escasos metros con una cerveza en la mano y varias en la cabeza. Entonces me di cuenta de que Cándido se había venido tomando la botella de cocuy muy rápido, pasándomela a mí a cada rato. Comprendí que también por eso ya yo estaba mareado. Samanta no tomaba, y Francisco y Carlos llevaban su propia botella de anís Cartujo y no habían mostrado interés en el cocuy. Yo, en el medio, había bebido de ambos licores y la realidad me empezaba a lucir rara, como amplificada en sonido e iluminación nocturna. Estaba prendido y hasta me rugía un poco la barriga. Le hice señas a Samanta de que bajara la voz. Ella me hizo gesto con la mano para que dejara el fastidio. Casual o precisamente en ese momento se acercó Doble-Loco y me dio una cerveza.

— ¡Chamo!, ¿qué pasó? —me saludó alegre, por no decir más prendido que yo.

— Aquí, con este peo.

— ¿Con William? No le paren bola a ese cabrón. Ese no me aguanta a mí una pela. Ya yo le dije que si se volvía a meter con Cándido, se las iba a ver conmigo. —esto último lo dijo

golpeándose el pecho con la palma de su mano como un gorila.

— Okey, pero baja la voz, chamo... —le dije, mientras Samanta seguía discutiendo con Cubillas. Ya había tres conversaciones cruzadas en el mismo grupo, porque Carlos Francisco ya hablaban sólo inspirados por el anís. Sonaba una canción que no lograba reconocer, parecía de Testament.

Lo peor aún estaba por venir. Llegó Jenny a saludar a su especial amiga Samanta. Jenny venía con su novio Disgustado, junto a Niño-Rata y Gabi que tenían tres días de empatados y lo rockero duro se les había ido para los pies de lo cursis que andaban. Venían bebiendo nada más y nada menos que whisky que había comprado Niño-Rata en el colmo de su enamoramiento, y en consecuencia venían los cuatro ya medio prendidos también. Samanta, Jenny y Gabi se abrazaron como si del día anterior a este hubieran pasado décadas. En seguida, Samanta inició la explicación a los cuatro recién llegados del problema o la amenaza de William contra Cándido. Ya sonaba otra canción dentro del recinto, *Woodpecker from Mars* de Faith No More. Pensé: “¿será una selección de *trash metal* instrumental?” Los humores estaban alterados, sobre todo teniendo entre nuestros aliados a Disgustado, cuyo carácter estaba perfectamente expresado en el apodo que ni siquiera otro le había puesto sino él mismo. Niño-Rata me dio whisky, desatendiendo totalmente mi advertencia de que ya había bebido cocuy y anís y además tenía aún la cerveza que me brindó Doble-Loco en la mano. Yo también

desatendí mi propia advertencia. Siguieron discutiendo entre todos, yo a veces también metía mi cucharada pero chistosamente, trataba de distraerlos del problema y hacerlos entrar al local, pero ahí ya nadie le hacía caso a nadie y William me parecía que estaba como más cerca de nosotros o como montado sobre una especie de tarima, o sobre un podio presidencial, no sé. Comenzó a sonar la versión del *Frankenstein* de Edgar Winter interpretada por Overkill y pensé en voz alta: “Sí, definitivamente debe ser una selección de trash metal instrumental. ¡Qué de pinga! Quiero esa grabación”. Pero nadie me prestó atención. Finalmente Cubillas se fue de nuestro grupo y se metió al recinto. Yo intenté irme detrás de él, pero Cándido me pasó la botella con el último trago y no pude menos que sentirme agradecido. No sé qué fue lo que dijo Cubillas antes de irse, pero sí sé que dijo que tampoco se iría con William, y agregó ya alejándose de espaldas: “¡Mátense si quieren!”

- ¡Qué de pinga! -seguía yo disfrutando la música al tiempo que me preocupaba el creciente e inentendible alboroto.

- ¿Qué de pinga qué, chico? ¿Tú estás loco? —me inquirió Samanta que increíblemente me había oído, lo cual me hizo dar cuenta de que había pensado esa frase repetidas veces hasta que se me salió en voz alta.

— No... La música. —dije excusándome sonreído imbécilmente.

— ¡Si te parece tan de pinga, ¿por qué no te vas a unir a la patota de William?! —me gritó sorprendentemente Doble— Loco, apabullándonos a todos. Por algo le decíamos así.

Instintivamente, al escuchar su nombre en tan alta voz, William se nos acercó. Yo lo veía como agigantado, como un Eddie de Iron Maiden sobre el escenario. Me eché el último trago de cerveza cuando sentí que alguien detrás de mí me echaba a un lado. Casi me caigo, pero Gabi me sostuvo y me empujó para separarme de sí. Cuando levanté la vista o desperté de un letargo fugaz, estaban Disgustado, Doble-Loco, Niño-Rata, Francisco, Carlos y Cándido dándole el frente a William y otros seis tipos, cuatro de los cuales no tenían pinta de rockeros por ningún lado. Me di cuenta de que faltaba yo en la alineación así que, por automatismo solidario o solidaridad automática, me puse al lado de Cándido. William venía ya con botella quebrada en mano diciendo algo que no le entendí. Desde mi ángulo, su cara me la cubría un velo de luz amarilla proveniente de un poste, y la bulla alrededor comenzaba a acrecentarse. Disgustado le dijo otra cosa que tampoco entendí, sólo sé que terminó con el insulto “marico”. Luego vi a Doble-Loco quitarse la franela de Danzig que traía puesta y se adelantó, iniciando los primeros puñetazos. Allí todo se desordenó. El que me tocó a mí yo ni lo conocía. Le lancé un puñetazo a la cara que sólo golpeó el aire. En cambio, me devolvió una patada en los testículos que terminó tempranamente con mi participación en la tangana. Tirado en la cuneta, sólo veía pies, algunas patadas me propinaron, hasta que sentí me arrastraban sacándome de la pelea. Eran Gabi y Jenny. Cuando las vi me di cuenta que faltaba alguien: Samanta también estaba metida en la pelea. Pensé en lo atractiva y femenina que era y no podía creer que la viera en semejante infierno. Me recostaron en

la acera y las dos se fueron a meter en la pelea también. O yo no sé si estaban era separando a los peleadores. Pero quedé perplejo cuando vi que Gabi llevaba un pedazo de bloque de arcilla en la mano que no tenía idea de dónde lo había sacado. Yo busqué en la cuneta alguna botella, una piedra o algo, pero, como nunca, la cuneta estaba límpida. Y no podía pararme. De hecho, no podía ni hablar del dolor en los genitales. Lo que más lamentaba era que la música se había detenido. El pleito alocado siguió por varios minutos mientras los caídos en batalla seguían aumentando de lado y lado. En eso, llegó la policía, pero la pelea continuó como si nada. Dispararon al aire y se dispararon los peleones. Allí me di cuenta de que William estaba tirado en el suelo, sangrando por el abdomen y llorando como niña. La policía se los llevó a todos, excepto a mí que estaba totalmente fuera de combate aún. Una ambulancia se llevó a William y a otro que estaba también tirado en el suelo. Yo me quedé tirado de la borrachera y otros panas se sentaron cerca de mí a chismear. Pasaron breves minutos, reinició la música y el dichoso concierto nada que empezaba. Yo perdí totalmente la noción de tiempo. Ni reloj cargaba.

Como una hora después (no tengo idea en realidad, y no tenía ya idea de la realidad, todo lo veía amplificado), Samanta regresó sola y me recogió de la acera. No pude evitar un ataque de risa que me mereció un regaño de mi amiga. El concierto iba a empezar, ¡al fin!, con los pocos que estaban dentro y no habían salido durante la golpiza. Samanta me introdujo al recinto y me dijo seca:

— William está bien. La herida es superficial. ¿No has visto a Cándido?

— No. —balbuceé, y agregué dándomelas de chistoso: no veo a nadie “cándido”, últimamente veo pura gente coño ‘e madre...

— Gafo. Se fugó no sé en qué momento. Pero jodió a William. Para que no siga sometiendo a todo el mundo.

— Con la botella de cocuy, ¿verdad?

— ¡Claro!

— Coño, con razón no la encontraba... —y solté una risita de idiota— Hizo que nos la bebiéramos rapidito para eso.

— Sí, por eso es que estás más rascado que lomo ‘e perro sarnoso.

— ¿Quién, yo? No, vale...

— Ay, siéntate ahí y cállate. Eres de lo peor.

Pasados como tres meses, estábamos Doble-Loco y yo sentados en un banco de la plaza conversando cuando vimos venir a Cándido. La sorpresa fue tremenda y nos alegramos mucho. Seguimos conversando amenamente con él. Nos contó que se había ido a casa de una tía suya que vivía en La Guaira, para alejarse del ambiente por un tiempo. Nos preguntó por William, pero no lo habíamos visto desde hacía como un mes. Se había recuperado de la herida, había ido a la plaza un par de veces más, saludando a todos con naturalidad, como si nada hubiera sucedido, y después no habíamos sabido más nada de él.

Algunos años después me lo encontré, a William, en el Metro de Caracas, pero no nos dirigimos la palabra. Yo me hice el

loco, como si no lo reconocía. Él tenía entonces el cabello corto y no vestía ropa rockera. Parecía estar trabajando de obrero o albañil o algo así, a juzgar por el bolso de *bluejean* sucio que cargaba y lo manchado de sus pantalones y zapatos también. Se notaba que era muy pobre, económicamente hablando. Más nunca lo he vuelto a ver.

En cambio, Cándido y yo nos seguíamos viendo con cierta frecuencia. La mayoría de las veces sólo fue de saludo. Se casó, tuvo dos hijas y dejé de verlo durante un largo tiempo. A veces nos saludábamos por facebook, pero él no se conectaba mucho. Ahora, doce años después de aquella golpiza, Cándido, o mejor dicho, Pablo Lares, luego de haber trabajado dos años como vigilante, según lo último que supe de él, fue asesinado en circunstancias extrañas. El cuerpo fue hallado en la puerta de su casa con varias puñaladas en el estómago. Estoy leyéndolo en el periódico local intentando tomar un café en la plaza, en esta misma plaza, justo antes de entrar a mi triste trabajo en esta zapatería palurda. Desde aquí puedo ver ese rincón de la plaza nuestro “rincón diabólico”, como le decíamos, donde nos las pasábamos.

Me entristece mucho todo esto, no sé cuál de los tres tuvo peor suerte.

GRUNGE

“I know a dirty word”

Nirvana: *Smells like teen spirit*

*“Daddy didn’t give affection, no,
and the boy was something that mommy wouldn’t
wear”*

Pearl Jam: *Jeremy*

*“And all I can do is read a book to stay awake
and it rips my life away, but it’s a great escape”*

Blind Melon: *No rain*

“El chico feo Yoi” es el apodo de Yoiner Rentería, mi mejor amigo. El apodo viene por el grupo Ugly Kid Joe. Se lo resumen diciéndole “Chico feo”. Él siempre hace honor a su nombre porque le encanta hacer muecas, lo cual le queda muy bien para la banda que forma junto a otros cuatro amigos (incluyéndome). Él, en la voz, no sólo hace mil caras, sino que su especialidad en transformar su voz desde lo más agudo a lo más grave, de lo más nítido a lo más distorsionado, de lo más lírico a lo más nasal, de lo fresco estilo *unplugged* hasta lo más áspero. Tiene excelentes recursos como vocalista, y eso unido a sus extraordinarias capacidades escénicas o teatrales, hace que sea el vocalista que todos quieren en su banda.

Y brinca, corre, salta, se baja y se vuelve subir, se acuesta, se tira sobre el público... hace en el escenario lo que le da la gana y el público lo adora.

Nos llamamos Los Podridos Imbéciles, en tributo a una vieja banda de *hardcore* llamada D.R.I. (Dirty Rotten Imbecils). Yo toco la batería y trato de hacer mi parte teatral también, cantando siempre al aire en un colmo de emoción mientras toco y yéndome hasta proscenio para animar al público cada vez que en una canción hay una parte sin percusión, también a veces llevándome uno de los platillos agarrado por el paral mientras le doy con la baqueta al ritmo con la otra mano. Carlos y Fonseca son los guitarristas y, aparte de que son muy buenos ambos, hacen unos trucos a dúo que a veces incluso a mí me dejan perplejo: se hacen *tapping* mutuamente en las guitarras. Se desafinan mutuamente las guitarras mientras tocan pero de tal manera que les suene muy bien, rozando las cuerdas de ambas guitarras para producir ruidos ensordecedores a propósito y como si estuvieran luchando con los instrumentos a manera de cornamentas, en fin, hacen de todo, inclusive solos a dos guitarras de mucha calidad. Pablo el bajista es el toque de locura de la banda, pues su parte teatral es precisamente el casi no moverse durante todo el concierto, y cuando lo hace es como asemejando un robot de ciencia ficción, aparte de no hacer ningún gesto ni abrir la boca para nada; sólo mueve las manos al tocar, y también toca muy bien. Muchos nos han preguntado o nos han “recomendado” agregar algo de vestuario teatral a nuestras presentaciones, pero siempre insistimos en que, ante todo, somos una banda

grunge, y nos vestimos como somos en la realidad, con lo primero que encontramos en el ropero, y eso es parte de nuestra propuesta, de lo que nos caracteriza como grupo. Mucho menos hemos pensado jamás en maquillarnos teatralmente ni incluir escenografías estrafalarias a lo Pink Floyd. “Nuestras influencias son la vida cotidiana, el *grunge* y los buenos solos de guitarras” decimos cada vez que nos entrevistan en las radios o periódicos locales. “¿Y por qué ser tan teatrales entonces?”. “Porque eso también es cotidiano. ¿Quién no se la pasa actuando todo el día sin necesidad de grandes vestuarios ni escenografías?” respondemos más o menos igual casi siempre. Yoiner es el que nos ha entrenado a responder así, pues el teatro es su segunda pasión y sabe mucho de eso, por eso insiste en agregárselo a la banda, y nosotros contentos.

Bueno, tampoco es que nos han entrevistado miles de veces. Apenas ocho veces. Cinco en radio y tres en periódico. Ya sacamos nuestra primera maqueta con tres canciones, incluyendo una versión, idea loca de Yoiner, de la canción *Obstinado* de Zapato 3 con una recitación en medio del famoso soliloquio de Hamlet, “Ser o no ser”. Las otras dos canciones, también con esa influencia del teatro que tanto le gusta a Yoiner (él es quien crea las letras, al fin y al cabo), se titulan *Mierdra* (por el famoso inicio del *Ubú Rey* de Alfred Jarry) y *Largo viaje del día a la noche* (por la obra de O’Neill). Sin embargo, hace un mes que la sacamos, justo luego de ganar el 2do lugar en el Festival de Bandas Emergentes y aún no logramos que la pongan en radio, lo cual no nos preocupa tanto, es sólo que quisiéramos oírnos por allí, como toda banda nueva.

Pero no les he dicho por qué les estoy contando acerca de mi banda. El asunto es que me detengo aquí a pensar frente a ustedes —pues me imagino que escribo un cuento o una crónica— para expresarles una grave preocupación. Yoiner tiene cuatro días que no aparece. Sus padres no saben nada de él y ni se preocupan porque, para mí, son los peores padres que conozco. Está bien que le den libertad a su hijo, pero a ellos simplemente no les importa en lo absoluto qué hace él con su vida. Me ha contado que prácticamente fue una madrina suya la que lo puso a estudiar porque ellos no estaban pendientes ni de inscribirlo. Al menos sacó de ellos algo bueno: el gusto por el teatro, pues ambos son actores y son medio-*hippies*, o más bien *muy hippies*, y no precisamente por los ideales de paz (pues se la pasan discutiendo e insultándose horriblemente). Yoiner es muy buen lector. Eso se lo envidio, pero precisamente por eso lo admiro, de manera que es una envidia sana. Por algo lo considero mi mejor amigo. Siempre hablamos de nuestros problemas, y allí vuelvo al punto: Yoiner tiene cuatro días que no aparece. Su madrina no sabe nada de él y es quien se ha encargado de las diligencias pertinentes para buscarlo. Sus padres sólo me contestaron “él ya tiene veinte años, es un muchacho hecho, derecho y bien criado, y sea lo que sea que esté haciendo, él sabe que tiene que regresar a su casa”... Y de paso remata el papá: “para eso carga siempre condones en su cartera, para no preocuparnos”... como si lo único que les preocupara de él fuera su vida sexual. La madrina no puede hacer nada mientras no sean los padres del muchacho quienes lo den por desaparecido para buscarlo. Los padres de Yoiner me permitieron entrar a su

cuarto para ver si había dejado alguna nota o algo (ellos nunca se meten en su habitación para absolutamente nada, argumentando que le dan su espacio y libertad). Lo único que me pareció sospechoso y alarmante fue que noté que había estado escuchando su CD que el mismo quemó de “Rock suicida”, donde incluye la versión original de *Obstinado* de Zapato 3, *I hate myself and want to die* de Nirvana, *Jeremy* de Pearl Jam, *One* de Metallica, entre otras... El disco compacto estaba metido en la computadora, que permanecía aún prendida, sólo que con el monitor apagado por el largo tiempo de inactividad. Cuando la apagué pude ver que aún tenía la imagen de escritorio que él mismo compuso de los rockeros muertos a los 27: Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison y Kurt Cobain.

Aparte de eso, me enteré de que justo hace cuatro días este par de padres súperejemplares discutieron hasta el punto de decirse que sería mejor divorciarse y meterse ambos a homosexuales, y me entero por boca de ellos mismos, que me lo cuentan como una gracia, porque en realidad, abrazados en sofá, fumando, me lo dicen, se aman tanto que no les importa ser cursis al decir que fueron hechos el uno para el otro. Les pregunto si en ese momento Yoiner estaba en casa, y me dicen que sí, que fue el lunes en la noche, ellos llegaron a casa discutiendo, venían de un ensayo, y él estaba escuchando música en su cuarto, y les dio la impresión de que estaba con una muchacha, pero no entraron a ver. No cruzaron palabras con él, sólo le gritaron “¡ya llegamos!”, sin más. A la mañana siguiente, ya él no estaba –o al menos eso creen; sólo saben que había

silencio en la casa. Dicho esto, corrí a casa de Fabiana, su novia, a preguntarle si ella había estado allí esa noche.

Fabiana no sabía nada tampoco. Igualmente estaba preocupada porque Yoiner le había dejado una nota por las rejas de la ventana con este críptico texto:

*“El abismo nos convoca. Es una manera sui géneris de decir lo que todo el mundo ya sabe. ¿Qué pasa si empuño un amor como quien surge de entre los desmanes? Termina el hombre cansado, denostando de sus más fieles adversarios no un modesto guiño de ojo. Al caer la tarde los árboles se mecen al ritmo de una comparsa alocada. Hay a quienes no se les quebranta su exactitud pese a la indiferencia de sus congéneres. **La vida es un ruido sordo que sólo yo puedo escuchar. Un ruido que al principio sólo oía cuando me acercaba a ese lugar. Luego desde cada vez más lejos. Después desde el patio de mi casa. Hoy lo he escuchado desde mi cuarto. Debo encontrar su origen. Debo encontrarlo para sanar la herida.** Es que aquí abajo estamos tan acostumbrados a la derrota que cada cerveza consumida en descenso sabe al triunfo de la abeja que deja al final su aguijón en la víctima. Dadme una palanca y la quebraré intentando cambiar el mundo. Si no vuelvo, deja que las nubes de lluvia borren mi epitafio. Yoi.”*

Han pasado varias semanas de eso. Nadie lo ha visto, nadie sabe nada de él. Hemos pegado carteles con nuestros números telefónicos, pero nadie llama a ninguno. En la banda nos sentimos abatidos. Yoiner, simplemente, no

aparece. Todos suponemos que ha ido a suicidarse donde nadie se entere, donde nadie lo vea. Eso es algo impensable para quien conocía a Yoiner en vida, pues siempre estaba llamando la atención de todo el mundo. Dicen que cuando alguien decide matarse, hace exactamente lo contrario a lo habitual, es como si una personalidad totalmente contraria a ellos se adueñara de su espíritu. Sin embargo, si lo pienso bien, Yoiner, al desaparecer así, sin dejar rastro, despidiéndose sólo de su novia, ha logrado realmente llamar la atención de todo el mundo, y al fin he podido ver un gesto de preocupación de sus padres. Ahora sí están angustiados. Tal vez eso era lo que él quería y finalmente lo ha logrado. Un amigo nuestro que le gusta escribir poesía, ha publicado en su facebook un poema que nos ha inquietado, porque ya todo el mundo lo da por muerto:

Epílogo a Kurt Cobain

(Elegía de la Generación X, a 15 años de su muerte)

“I hate myself and want to die”

Kurt Cobain

*“¡Generación X: Gracias por hacer
que mis hijos vivan sin esperanza!”*

Homero Simpson

*Héroe de una vehemente y triste prole, decibeles entraron
por la puerta grande de tus sesos. Quienes te percibieron
notaban la poesía extraña y perturbada, el llanto de la
guitarra zurda, la lírica que fue de la ficción a la realidad*

*en vaivén de algas cósmicas alrededor del cadáver
hinchado a la deriva.*

*Fuiste médium al lado de William Burroughs y un coro
de ninfas iconoclastas se filtró a través de ti:*

*Dylan Thomas susurrando a través de Bob Dylan,
Allen Ginsberg acechando en la guitarra del Terciopelo
Subterráneo, Jim Morrison danzando en las sienes al
ritmo de Metallica, Henry Rollins y la Corrosión de la
Conformidad, las Tendencias Suicidas, el Jardín Sonoro,
el Aprieto de Perlas, el Nirvana...*

*Así, sin poder soportar más esta nadería del respiro,
depusiste las peores interrogantes.*

A la memoria de Yoiner Rentería

DEATH METAL

*“Poor information
to manage your anger”*

Sepultura: *Territory*

“Ramstein: blut gerinnt auf dem asphalt”

Rammstein: *Rammstein*

Jesús Terán, tu vida lo que es, es un muestrario de arañas. No puedes ver la capacidad que tienes para constituirte en una ofensa para la especie humana. Eres la corbata que le da vida a los más altos propietarios. Infringiste las leyes de tu propia vida para darle una bofetada al aluvión de la realidad, como si con eso pudieras resolver el acertijo indómito que te habita.

Di la verdad: estás en el momento coyuntural en que decides entre una sórdida existencia y una plácida inocuidad. No seas patán, admítelo, lo que quieres es que ese carro de basura que viene allá de aplaste y te vuelva mierda, te compacte y te reduzca a una mínima expresión. No quieres ser energía que se transforma, quieres violar tantas leyes que incluso la más científica de todas te estorba.

¿Por qué no ofender a Dios ahora que puedes y sabes que nada te va a frenar en tu afán por vociferar cualquier pendejada que brote de tu géiser asmático y torpe? Puedes hundirte ahora mismo en tu propio charco y nadie le va

a importar porque tú sólo deseas escucharte a ti mismo, tus propias convicciones con las cuales crees que puedes romper todas las convenciones, pero en el fondo, muy en fondo, en tu ingele hedionda, sabes que estás equivocado, Jesús Terán... fracasadamente equivocado.

Puedes llenarte la boca diciendo que *El infierno te espera*, clamar por Satanás pero sin prestarle mucha atención, es como un juego de niños, como cuando saltan la cuerda contando lo que a nadie importan un rábano. *Hell awaits*, como la canción de Slayer: puedes gritar todo lo quieras a todo gañote, orgullo de todo lo negro con lo que confrontas y embistes a la sociedad, pero lo cierto es que no hay ningún Dios ni ningún Diablo escuchándote. Te sientes y te sabes solo. Y ante ese vacío, lo único que tiene sentido para tu soberbia es la muerte.

Años atrás creíste que cuando el brasileño Max Cavalera le quitaba las dos cuerdas más agudas a la guitarra, para evitarse las notas agudas, o cuando los músicos de la banda The Presidents of United States of America tocaban con bajos dos y tres cuerdas, eso era una ingeniosísima innovación musical. O el bajo de doce cuerdas de D.D. Verni, de OverKill. Coño, la verdad es que te lo creíste. Pero no era nada nuevo. Y ahora que lo sabes, sin embargo, no te importa. De todas maneras no eres músico, nunca aprendiste a tocar bien la guitarra, nunca aprendiste a cantar bien, apenas gruñes, no te hace falta oído musical para saber que no te suena la voz ni como a Kreator, ni a Death, ni a The Accused, ni a Cannibal Corpse, ni a

Napalm Death... Quisieras, pero no. No le llegas. Muchos menos a un gruñido tan poderosamente educado y, de todas maneras, intravenoso, como el de Till Lindemann, de Rammstein.

Ese poderoso gruñido es de verdad un portento de rabia pura, un prodigio satánico al cual nunca podrás acceder. El Death Metal fue tu verdad absoluta durante veinte y tantos años y ahora, sólo puedes concluir que lo único que hiciste fue apoyar la destrucción del Dadá con Dadá, algo que ya se había hecho desde un siglo atrás. Alabaste, sin saberlo, el dodecafonismo de hace un siglo atrás. Simplemente sucedió que, la única manera que esas vanguardias artísticas penetraran en el público masivo, fue disfrazándose o, mejor dicho, revistiéndose de contracultura. A buena hora te vienes a dar cuenta de todo esto, Jesús Terán...

A la mierda Luis Britto García y su famoso libro *El imperio contracultural, del rock a la posmodernidad*. En ese libro de lo menos que se habla realmente es de rock. ¡Tiene un epígrafe de Madonna, por Dios! No puede escribir sobre la música rock alguien que no la siente, que no la sufre, que no ha sido estigmatizado por el mundo entero (la sociedad conservadora) sólo por escucharla, que no se harta de ver como todos los músicos van vendiéndose al sistema a medida que van haciendo discos y discos y, por último, ya hasta grabando videoclips. Eso no es nuevo, por supuesto. Exodus lo hacía, Arch Enemy, Morbid Angel, Dismember. ¿Qué más da, realmente, sé honesto, que Slayer grabe un

videoclip para su canción *Bloodline*? Sólo están hacierto arte, y hasta ahora, ¡coño!, es que vienes a darte cuenta. ¿Cómo querías que el Death Metal fuera reconocido como música si tú mismo no la ves como arte?

¿Te fijas por qué llegaste a viejo como un estúpido, Jesús Terán? ¿Qué pensabas ser o hacer cundo llegaras a viejo? ¿Un “melómano” del Death Metal? ¿A quién se le ocurre? ¿Crees que una emisora de radio, por más abierta que sea, te va a dejar tener un programa solamente para el Death Metal? ¡Ojalá! Pero no es así. Y te cerraste tanto dentro de tu orgullo que ahora, hoy, cuando nada tiene sentido para tu vida, cuando Marilyn Manson, aunque te reviente de indignación, haya cantado *Rock is dead... is deader than dead*, no puedes sino concluir que terminaste arrinconado en tu propia ridiculez.

La rabia está bien. Se entiende, tanta rabia contenida dentro de ti por haber padecido tantas vejaciones, burlas, incomprensiones, tanta ira porque tus padres nunca te comprendieron, nunca te apoyaron, de alguna manera tenía que salir de ti, o te reventaría. Te convertiste entonces en un rebelde sin causa, creyendo que tu causa podía ser un estilo, o más bien, un subgénero musical tan poco comprensible como el Death Metal. ¿Qué creías que ibas a lograr con eso, ahora que tienes sesenta años de edad y puedes ver que no tienes familia, que estás sólo, en la miseria, en la calle...? Todos estos tatuajes en tus brazos, piernas, pecho... ¿de qué te sirvieron?

Una vez amaste a alguien. O al menos así lo creíste. De eso sí estás seguro. De qué al menos tú lo creíste. A Jenny la conociste en Los Teques. Pero ella era novia de Disgustado, y sabías que él lo único que hacía era aprovecharse de ella. Le agarraba el culo o las tetas en la calle y no le importaba que todo el mundo se diera cuenta, pero lo peor de todo, es que a ella no le importaba... O tal vez sí, pero estaba tan dominada por el carácter de él, tan atravesado, tan obstinado, que parecía no atreverse a hacerse respetar. Pero, ¿qué demonios?! ¿Cómo podías enamorarte de una chica que no te prestaba la más mínima atención? ¿Cómo podías ser tan cursi? Por cosas como esa, Jesús Terán, es que mereces ser condenado al aplastamiento en un camión de basura. Esa es la muerte que te mereces, en medio de la basura, de la mierda, de los gusanos, donde te desaparezcas por completo de la faz de la tierra.

Imposible olvidar aquella vez en la casa de Cherry en que tuviste que presenciar, con toda la arrechera del mundo, como Disgustado, abusador, se llevaba a Jenny nada menos que para el cuarto del papá de Cherry. ¡A tirar! ¡Coño en la cama del dueño de la casa! ¡Usar así esa cama ajena era aún peor que el hecho de hacer una fiesta escondida en su casa! Esto era una travesura de su propia hija, en todo caso, pero ¿dejar la cama del tipo, del papá de la anfitriona, hecha un desastre? Si Cherry hubiera seguido viva, el papá la hubiera matado más por eso que por usar la casa en sí para una *tripa*. Ese día debiste morirte tú también, ese día querías morirte, y querías especialmente que Aborto te matara... pero no... tenían que venir los pajúos de alrededor a separarlos... ¡Estúpidos!

A lo mejor por eso te gustó siempre tanto el Death Metal, porque al final te serviría como banda sonora para tu propia muerte, para tu original suicidio. En este momento te suena en la mente *Feast of the fools* de Cerebral Fix. Su ritmo de muerte lenta, de sufrimiento prolongado, de martirio insólito, te envuelve, acapara tus sentidos, te introduce en un remolino de trance enigmático... Sí. Esa es la mejor canción para este momento en que recuerdas esa fiesta de tontos donde ninguno se daba cuenta de que a Jenny el maldito de Disgustado se la estaba cogiendo en el sitio más irrespetuoso de todos...y estás ahora a punto de morir...

Feast of the fools

*Green shadows beneath the mask
Reasons crumble but never last
Striking fear into the depths of hell
Reasons only a madman tells*

*Angel summoned within the cast
Prevailing justice unto the last
Striking fear into the depths of hell
Reasons only a madman tells*

*Beware the feast of the fools
Madmen have taken hell
Beware the feast of the fools
King of the clowns, do you dare?*

*Soul swallowed inside to black
Demons tortured, never turning back
Striking fear into the depths of hell
Reasons only a madman tells*

Es cierto, estas son razones que sólo un loco dice. La verdad es esa: eres un loco, siempre lo fuiste. Por eso terminaste aquí, nada menos que en el basurero de Bonanza, lejos de cualquier ciudad, ni Los Teques, ni Charallave, ni Santa Teresa... Lejos de todo... Nadie te recordará ya a estas alturas de la historia, sólo eres un viejo malhumorado, amargado, miserable, pordiosero, así terminaste tu vida de soberbia, orgullo, por dártelas de sabihondo, por querer ser el mayor conocedor del Death Metal, por creer que tu meta en la vida era ser el rockero más rockero de todos los rockeros... es decir, por querer ser una mierda que a nadie le interesa ser ni conocer. La verdad es que la segunda parte del apodo que te tenían en aquellos años de juventud era perfecto: “maníaco”.

Chúo-Maníaco... maníaco depresivo, maníaco frustrado, enfermo, con una idea fija caprichosa, nunca madurada, y siempre con toda la soberbia...

Ya casi amanece. Pronto encenderán este camión, y con él la compactadora de basura y se acabará todo, tu cabeza será una plasta de mierda en un basurero maldito olvidado del mundo, ni siquiera serás alimento para los zamuros que pronto van a despertar.

De todas maneras esto va a ser burda de Grindcore. Bueno, es todo, tu sangre no se juntará con el estúpido asfalto de la sociedad.

INTERLUDIO II

Crónicas rockeras pueblerinas y algunos aforismos demasiado extensos

En la plaza Bolívar de Santa Teresa del Tuy, el propio pueblo de suburbios, periférico, marginado, abyecto, dormitorio, desculturalizado, solíamos tener nuestra propia fauna urbana. En los alrededores de la iglesia católica (aceras, escaleras, jardines, el bulevar), cerca de los artesanos y hippies, nos reuníamos diariamente, para “echar vaina”, para ser sólo muchachos divirtiéndonos, perdiendo el tiempo, tocando guitarra, soñando banalidades, haciendo chistes con todo, y lo más importante, morbosamente importante, demostrar cuánto sabíamos de la música que nos unía como grupo. Era una cultura en el sentido de que, cuanto más sabías de la historia del rock, de los artistas destacados, de los instrumentos, de los subgéneros, de las canciones, de todo lo que tuviera que ver con el rock, más te podías considerar una persona culta, porque, en general, los que más sabían, también sabían un poco de todo, mostrando una gran cultura general.

Los más viejos de esos rockeros apenas circulaban por los treinta años, era excepcional alguno que tuviera cuarenta. Mi tío Frank era esta excepción. Es que en nuestro pueblo la mayoría de los rockeros se forjaron desde mediados de los ochentas, sobre todo con el auge del Glam Rock

(Twisted Sister, Europe, Mötley Crüe, todos con los cabellos esponjadísimos de laca, maquillados como putas, vestidos como locas depravadas, herederos de la pinta de Kiss, con la influencia comercial del rock suave y el A.O.R. (Adult Oriented Rock), pero con la fuerza metálica intermedia entre el Heavy Metal clásico (Saxon, Judas Priest, Iron Maiden) y el naciente Trash Metal (Metallica, Exodus, Slayer). El Glam era combinación perfecta para lo socialmente aceptado como moda (la laca en los cabellos peinados a la “permanente”, es decir, aquella técnica con la que las mujeres lucían todas como Bonnie Tyler en su clásico *Total eclipse of the heart*, que era la misma “permanente” que en Venezuela tenía la cantante Melissa, que se le daba de rockera, decía ella, pero ningún rockero le creía, obviamente), la ropa de colores escandalosos de los ochenta, la cual en buena medida comenzó a ser una influencia de la usanza de los cantantes afrodescendientes que, como Michel Jackson, comenzaban a cobrar fama en la música pop, desprendiéndose un poco, como raza negra, de ser vistos sólo como cantantes ya fuera de soul, jazz, góspel o rhythm and blues por un lado, o ya fuera del rap, por otro lado. Es decir, ya no tenías que ir de James Brown a Billy Paul o a Dr.Dre para triunfar como negro en la industria musical. En todo, aquí en Venezuela tenías que ser como Frank Quintero o como Colina, es decir, o muy serio, o muy marica. Entonces ya podías ser como Michael Jackson. Aquí en Venezuela podías ser como Azabache. Podías ser de color y cobrar fama con la música de los blancos: el pop más comercial, para todos los gustos y para ningún gusto en especial a la vez.

En el fondo, el secreto psicológico de la música pop es que nadie le gusta en realidad. Es sólo una música para acompañarte en cualquier momento, así no estés prestándole la más mínima atención. Cuando quieres hacer música que realmente le guste a alguien en especial, tienes que hacer música que capte la atención de la gente, que los atrape, que los envuelva, que los absorba, que los abstraiga de la realidad, que los anime a querer aprenderte la letra de la canción, a tocarla en la guitarra o en el bajo o en cualquier otro instrumento. Con nuestra música tradicional sucede así: no puedes ponerla de fondo y no prestarle atención, la música tradicional venezolana te roba la atención, por eso gusta tanto, de verdad, y la gente se empeña en aprenderse la letra, saber quien la compuso, quien la interpretó, como se toca en el cuatro o la mandolina. Con la música académica es así también. La gente quiere aprendérsela. Con el rock sucede igual. Son géneros de música que se convierten en cultura porque la gente les rinde culto. A la música pop nadie le rinde culto, es la música para la banalidad, para el día a día. A nadie se le considera culto por saberse todas las canciones de Ricardo Montaner o de Kiara; ni por saberse todas las canciones de Madonna o de George Michael. No. Apenas se les considera gente que se sabe muchas canciones, más nada. Pero la gente realmente culta es la que se sabe un repertorio completo de música tradicional venezolana, o de música académica o de rock. Por ello existen asombrosas combinaciones en el mundo mezclando música tradicional de algún pueblo con música académica, o una de estas dos con música rock, o incluso, mejor aún la combinación de las tres.

En fin, en mi pueblo, por todas estas razones explicadas en párrafos anteriores, la generación realmente rockera venía desde mediados de los ochenta por eso: porque alejados de los centros “culturales” del mundo, de la hegemonía cultural norteamericana, el auge de los medios de comunicación, la industrialización de la música rock, el nacimiento y crecimiento del rock pesado, y hay que decirlo, el surgimiento del padre del rock venezolano Paul Gillman, apoyado por el abuelo Alfredo Escalante, dieron la respuesta espiritual a ese descontento que había en nuestros pueblos que formamos el anillo-dormitorio-periférico de de Caracas. Que Gillman saliera de Valencia y no de Caracas, es la evidencia contundente de eso, porque Valencia es una ciudad, pero no es Caracas. Si hay algo irónico en nuestro Himno Nacional es el verso que dice “seguid el ejemplo que Caracas dio”. El único ejemplo que Caracas ha dado ha sido el dejarse dominar por las culturas y conductas periféricas que la rodean. Así como el rock empezó en Valencia (déjense de rigurosidades históricas y entiendan que si no hubiera sido por Gillman y su Power Age, seguiríamos cantando las inocuidades de Aditus), el Caracazo empezó en Guarenas, la Independencia se terminó de forjar en la Batalla de Carabobo. Lo único que hizo Caracas para ser ejemplo en ese verso del Himno fue lo único que saber hacer: dejarse llevar por los demás. Vicente Emparan les pregunto si querían seguir siendo gobernados por él en nombre de la Corona Española, y como el cura, José Cortés de Madariaga que estaba atrás, hizo señas de que dijeran que no, entonces los caraqueños le dijeron a Emparan que no. Pero Caracas, siempre

soberbia, acuñó un término bastante clasista y ególatra: “Caracas es Caracas y lo demás es monte y culebra”...

Este libro está escrito desde este monte y culebra donde también hay altos edificios que enclaustran a la gente, industrias que explotan a los trabajadores, empresas y dueños de empresas que se hacen más ricos cada día, lumpen que se hace más lumpen, violento y malandro cada día, suburbios que niegan el supuesto éxito de la vida moderna día tras día, y rockeros que se niegan a dejarse llevar por el *stablishment* igual que en cualquier parte del mundo... día y noche, especialmente en las noches cuando viene un concierto y hay chance de caerse a coñazos amistosamente entre panas, donde todos nos aceptamos, donde las excepciones hacen la regla, donde a nadie se le acusa de nada que no sea, en todo caso, socialmente aceptable, donde los chamos simplemente buscan autodefinirse y autoafirmarse en pos de su autodeterminación individual y cultural, buscan y buscan y siguen en esa búsqueda durante años y van madurando y se dan cuenta de que son venezolanos cuando les enarbolan más la bandera del Rock Nacional con su rojo, su círculo blanco y sus letras negras, que cuando enarbolan la propia bandera Venezuela. Y cuando salen al exterior y conocen lo que hay afuera, si tal vez tienen el verdadero sentido patrio “en las vísceras como diría Augusto Mijares” (que de socialista no tenía nada, sino de patriota y eso es lo importante), se dan cuenta del valor de lo propio y, como nuestros guareneros Laberinto, terminan exportando más bien un rock genuinamente venezolano al mundo entero.

Sobre Laberinto sólo quiero destacar que primero los escuché yo en mi pueblo porque en Guarenas alguien había grabado un demo de varios grupos insurgentes de principios de los noventa, año 91 específicamente, y su sencillo *Radiation* estaba allí, en ese cassette pirata que me prestaron y, obviamente, nunca devolví, con sus sonidos afrocaribeños insertos en plena *cabilla trashmetalera*, y me dije “esto es el rock venezolano”. No lo hizo Caracas. Lo hizo Guarenas. Lo hizo el estado Miranda. Y ese el rock latino, el Metalatino, que marca nuestra diferencia, nuestra peculiaridad en el mundo de la música rock, del rock pesado, del que de verdad le gusta a los verdaderos rockeros venezolanos, mestizos, caribeños, anarquistoides, realengos, alzados, malhumorados, rabiosos, desenfrenados, antisistema, emocionales, pasionales, desequilibrados, talentosos, ingeniosos, charlatanes, y pudiera decir tantos adjetivos más que estoy seguro de que tú, amigo lector, podrías agregar siempre más y reír a carcajadas porque, sobre todo si eres rockero también, sabes que es verdad y, como diría el poeta Suárez Hermoso “*sabes que es verdad y late en el fondo del alma*”.

Una cosa más en este interludio a manera de crónica o reflexión o “aforismo muy extenso”: No quise pecar de cursi ni sentir lástima por la persona a la que quiero dedicar este libro, por ello usted acá no encontró la dedicatoria al principio, como todos los libros de literatura, muy literarios todos ellos. Tampoco al final. Sería demasiado obvio, y si algo buscan los rockeros es no ser tan obvios como parecen. No, usted va a encontrar, ahora sí y bien

justificado la dedicatoria de este libro en el Interludio III. La persona a la que está dedicada este libro ya fue mencionada algunas páginas atrás. Si quiere saberlo de una vez, por pura curiosidad morbosa, muy humana por demás, sáltese hasta el Interludio III y lo averiguará y entenderá y se dará cuenta porque algunas páginas atrás dije “a la meirda Luis Britto García”, porque lo digo con rabia también. Porque no se puede ser tan “filósofo oficial” de un gobierno y hablar con propiedad del rock al mismo tiempo. Para ser afecto a un gobierno y rockero al mismo tienes que ser como Gillman: que sea el gobierno el que haga lo que tú digas. Por eso, cuando Gillman le pidió a Chávez (fue él, nadie más, no fueron los socialistas ni los comunistas ni mucho menos los derechistas, obviamente) que aboliera la recluta y el servicio militar obligatorio, y se lo estaba pidiendo a un militar, a un tipo que nadie sabía si venía como Gorila o qué, sólo visto como un líder carismático, el caudillo más notable de nuestra historia, y Chávez le dijo que sí y, efectivamente, los rockeros dejamos de sufrir ese flagelo terrible que nos obligaba a ser lo que no éramos, que nos obligaba a ser venezolanos a juro sin primero enseñarnos a ser venezolanos, ahí queda demostrada mi tesis. Sabes que un gobierno medianamente sirve para algo cuando le hace caso a los rockeros, porque somos los que peor nos portamos y los que podemos demostrar toda la rabia que tenemos por dentro y aunque nos juzguen, nos temen; y nuestras madres, aunque se angustien, nos aman. Por eso Bob Geldof es tan respetado por la Reina Isabel II. Porque ya lo que sufrió con la ridiculización que le hizo Sex Pistols en los setenta fue suficiente la lección. Eso sólo

demuestra que tanto los monarcas como los presidentes han aprendido una lección básica de la historia: a veces tienes que dejarte llevar por el más rebelde y malcriado de todos, porque satisfacer una que otra demanda de ese, te garantiza un promedio de aceptación. Estás claro.

POWER METAL

*“You took my youth, I gave it all away
like the birth of a new found joy
this love would end in rage”*

Pantera: *Cemetery gates*

*“I’d kill myself for you,
I’d kill you for myself”*

Pantera: *This love*

“Deepest wounds are self inflicted”

Biohazard: *Tears of blood*

Cuando ella bajaba la calle a las 5:00pm y el sol le pegaba de frente, lucía toda su esbeltez como un prodigio (tenía rolos de tetas, chico). La piel blanca ligeramente tostada pero evidentemente aún tersa dada la contextura plena de cuadro de Safo o *Las tres gracias* pintado por Gustave Courbet, siempre con la franelilla del uniforme de la tienda que hacía que sus pechos se mantuvieran en posición de ataque, hacía excelente juego con sus labios rojísimos y la cabellera profundamente negra que abundaba libremente sobre sus hombros y se elevaba hacia atrás siempre con el viento a favor. Era hermosa, y sin embargo, tenía una permanente cara de culo, insondable, que levantaba una muralla imposible entre ella y el resto del mundo, al cual parecía odiar desde

lo más profundo de su vagina.

Él la veía desde su puesto privilegiado en la caseta de vigilancia del banco, en plena esquina donde nunca pasaba nada porque eran oficinas sólo para diligencias sin manejo de efectivo. Allí a las cinco todos los días era capaz de sufrir los peores desmanes del gerente con tal de que a la hora exacta, a la que también salían los trabajadores del banco, él pudiera seguir con la vista, permaneciendo eternamente allí, vigilante, conmovido por esa belleza insoportable que cada día llevaba un pantalón rajado, a veces negro, a veces gris a rayas, pero siempre rajado, parecí no tener sino esos dos pantalones, pero le quedaban magníficos. Torneaban sus piernas, su vagina, sus glúteos, como si al alfarero celestial de alguna cosmogonía se le hubiere encargado la divina tarea de tornearla. A veces, la exuberante chica gótica se tardaba un poco en bajar la calle y entonces él se quedaba cumpliendo minutos extra dentro de la caseta de vigilancia mientras su reemplazo, un tipo estupidísimo llamado Franklin, aprovechaba para lucir excesivamente simpático con las cajeras que iban saliendo y riendo, al tiempo que se daba cuenta, pícaro, de que su compañero de trabajo sólo se quedaba ahí para ver pasar a esa “hermosura digna de un servicio sexual ofrecido exclusivamente a Satanás”... Franklin, dentro de su estupidez de *latin lover* parecía entender perfectamente lo que pasaba por la cabeza (o por las dos cabezas) de Michel. Michel, por su parte, aguantaba el chalequeo con tal de poder esperar que pasara la chica y entonces al fin salía de su atalaya de hierro, se quitaba el uniforme, se despedía con la cortesía fingida habitual, deja de prestarle atención

a Franklin, se ponía sus audífonos y apenas cruzaba la puerta de cristal hacia un gesto de despedida muda con la mano. Allí sentía el calor vaporoso de la calle, y oprimía *play* a su celular donde guardaba más de mil canciones de los más variados subgéneros del rock pesado, de donde su predilección era el power metal de los noventas. Pero esa tarde de enero se dio cuenta de algo extraño en su corazón cuando sonó un tema que hacía mucho tiempo no oía: *For You* de My Dying Bride. La letra, de versos muy cortos, era muy fácil de entender. Se dio cuenta de que parecía estar enamorado de esa rabiosa melancolía que siempre mostraba el rostro de la muchacha rockera de la tienda de ropa, con sus ojos delineados como un sarcófago egipcio.

* * *

—Pero vacídense este párrafo de *Rayuela*. La novela de Cortázar de la que les hablé. Yo sé que realmente no es una novela pero ese no es el punto. Miren: es de principios de los sesenta y no había salido ni el *Please, please me* de los Beatles cuando salió el libro. La música de moda era el jazz y los personajes hablan del jazz, en los cincuenta, como hablamos nosotros hoy del rock. Nombra diferentes géneros del jazz, músicos, discos, canciones, letras de canciones...

—¡No, no! —respondió Euclides eufórico de interés.

—Hay que leerse *La balada del bajista* de Judit Gerendas. Me han hablado mucho de esa novela, pero no la he conseguido...

— Yo me leí fue una que me regaló mi papá —intervino

Carla desde la cocina-. Una que le compró al Círculo de Lectores, se llama *Rabia*, de un escritor español. No recuerdo el nombre... Un tal Jordi o algo así...

— Bueno, les voy a poner rock literario pues, comenzando con *Cream* y *The tales of brave Ulysses* —concluyó Michel resuelto.

— ¿Qué es eso?

— ¡Chamo! ¿Cómo no vas a saber? *Los cuentos del valiente Odiseo*.

— ¡Ah, ya! Hace poco murió el vocalista de ellos... ¿Cómo es que se llamaba?

— Oye, no recuerdo. ¡Lo tengo en la punta de la lengua! Siempre me acuerdo es de Eric Clapton... ¡pero tocaba el bajo sin trastes como los dioses!

— Jack Bruce. —y todos asintieron al recordarlo-. Estaba viejito, vale...

Debía concentrarse para no perder el hilo de la conversación. El exceso de whisky había causado sus estertores en la uretra y la infame piscina de coleópteros alarmados le causaba tal asco que no podía evitar desviarse de su pensamiento hacia tres vertientes temáticas.

La primera de ellas era la vieja película *Joe's apartment*, que ahora le parecía una profecía autocumplida, sobre todo porque le habían robado la guitarra hacía poco y nunca había aprendido a tocar batería, lo cual lo hacía sentir su vida como en una encrucijada.

La segunda era cierto video nauseabundo de Primus de

una canción que no recordaba bien pero que hablaba sobre el arte de cagar, y que no sabía por qué le recordaba de nuevo a la vez que se perdió con Cubillas en un barrio tereseño y lo asaltaron pasando frente a una cancha de baloncesto a plena luz del día, dejándolo sin su guitarra comprada duramente con sus escasos ahorros. De resto el asalto había sido en vano, pues en su cartera sólo cargaba sus tickets estudiantiles (aún no salía del diversificado), un par de billetes de baja denominación y por lo tanto baja categoría, su pajuela nacarada favorita y la foto de su mamá y su sobrina recién nacida, un cúmulo de tarjetas de presentación de tatuadores, serígrafos, tiendas de instrumentos musicales y vendedores de cds.

Y la tercera vertiente inevitable eran los Paparoach. Estaba tan ebrio que tenía ganas de escuchar hasta las bandas que no le gustaban.

En lugar de agua, la poceta era una rebosante fuente de cucarachas y chiripas de todos los tamaños, tonalidades marrones, beiges y bronceínas. El pequeño géiser de cucarachas y chiripas en el interior del vaso de la poceta arrojaba salpicando asquerosos individuos que casi alfombraban viva y dinámicamente todo el suelo del baño. Michel tuvo que zapatear varias veces como el mejor bailarín de joropo tuyero para intentar aplastar algunas y evitar ser trepado y recubierto por las insoportables alimañas. Cuando evidenció que el esfuerzo era apenas exitoso, por no decir francamente en vano, se sostuvo una mano del tubo de la cortina y

la otra del tubo del guindar el paño, suspendiéndose en el aire mientras esperaba que el bombillo recién encendido terminara de dispersar el mugriento motín descubierto *infraganti*, ocre y castaño. Su condición medianamente atlética le permitió estar así un par de minutos con fugaces pisotones que destripaban diminutos monstruos erráticamente zigzagueantes y terminaban de efervescer azarosamente. Se orinaba. No tuvo remedio. Decidió extender un pie hacia una pared y el otro pie hacia la otra pared, sosteniéndose con ambas piernas extendidas y tensadas, y con ambas manos saco su miembro y orinó desde el aire como el mejor acróbata diurético del mundo. Nadie se lo iba a creer cuando lo contara, así que decidió, en medio de su ebriedad que él sabía que lo hacía cometer estupideces y absurdos, llamar a Carla y a Euclides para que vinieran a ver el espectáculo digno del mejor circo del universo.

—Vengan a ver un hombre meando en el aire sobre un océano de garrapatas... ¡Ah, vaina! ¡Digo, de cucarachas!

Euclides se paró tambaleándose por primera vez en la noche y fue hasta el baño a ver qué le pasaba a su amigo que gritaba desde el baño. Carla fue más atrás mucho más sobria que los otros dos. “Este par de borrachos que me gasto de amigos”, pensó...

— Carla, Michel quiere que lo vayas a ver meando... será meado, porque está tirado en el suelo todo mojado diciendo loqueras, ¡jajaja!

Euclides se fue para la sala y se lanzó en el sofá, partiendo con el culo, sin darse cuenta, un disco compacto de Carla. Cuando Carla llegó al baño a ver qué le pasaba a Michel, se lo encontró llorando cayéndole a puñetazos ineficientes al suelo. Y efectivamente se había orinado encima. Carla comenzó a regañar a su amigo, aún sabiendo que este estaba totalmente fuera de sí.

— No la voy a conquistar nunca, Carla. ¡Nunca! ¡Y así menos! Soy un maldito borracho perdedor... Aquí abajo estamos tan acostumbrados a la derrota que cada cerveza consumida en descenso sabe al triunfo de la abeja que deja al final su aguijón en la víctima...

— ¿De qué carajo estás hablando Michel? Estás borrado, chamo. Uno sabe cuando estás rascado porque hablas como un poeta viviendo bajo un puente.

— Porque estoy enamorado, vale... Y no la vi más nunca, y nunca me le presenté ni nada... Soy un pendejo...

— ¿Y te gusta ser un pendejo? A ver, dime. —Carla tenía algunos grados etílicos subidos a la cabeza.

— ¡No! Pero, coño... Así soy yo vale...

— Vente para la sala, vale. Deja el llantén.

— ¡No quiero! Blaaa...

— ¡Coño, marico, me vomitaste!

* * *

“Este era el momento”, así se decía siempre, y se lo repetía, casi enfermizamente, y siempre la veía caminar de largo a largo por toda la calle hasta desaparecerse de su vista y siempre se maldecía a sí mismo por no haberse atrevido.

Por alguna pútrida razón sus pies no respondían como él quería, no avanzaba. Él quería perseguirla, ver hacia dónde se dirigía caminando toda esa calle hasta abajo, quería alcanzarla, preguntarle su nombre, agarrarle una nalga, dedicarle un poema, pero uno que sin ser cursi, fuera tan cursi que la convenciera de que él era el hombre de su vida. Pero nunca lo hacía. Nunca hacía nada de lo que planeaba. Sin embargo, para su propia sorpresa fue la loca canción de *Three little pigs (Los tres cochinitos)* de Green Jelly, la que, repentinamente, ¡al fin!, le animó a avanzar esa tarde.

*Well, I'm huffing
I'm puffing
I'll blow your house in.*

*I'm huffing
I'm puffing
I'll blow your house in.*

*I'm huffing
I'm puffing
I'll blow your house in.*

*Resoplaré, resoplaré y haré volar tu casa
Resoplaré, resoplaré y haré volar tu casa
Resoplaré, resoplaré y haré volar tu casa*

“Y la moraleja de esta historia es que las bandas sin talento pueden fácilmente amenizar a los idiotas con un estúpido espectáculo de marionetas”, decían ellos de sí mismos...

Michel se animó y volvió a poner la canción. Si esa canción estúpida, tonta, pero tan pegajosa y tan rítmica podía ayudarlo, sólo ella le permitía por fin avanzar hacia ese mujerón que lo tenía embobado desde hacía tantos días, semanas, tal vez meses. ¿Dónde vivía, cómo se llamaba, tendría novio o marido, por qué siempre lucía esa cara de culo, de amargura, de odio, de desprecio por la humanidad, y por qué le gustaba tanto a él ese rictus imperturbable de esa chica que parecía detestar al planeta Tierra?

Michel iba destinado, decidido, obstinado, engreído. Quería hacerlo, de verdad, ¡por Dios!, que lo quería. Llamar su atención, conocerla, presentársele, tocar su mano. Su uniforme de la tienda de ropa permitía ver el nacimiento de sus brazos. De repente, casi sin darse cuenta, Michel estaba, en efecto, caminando detrás de ella. Le puso el máximo volumen a *Three little pigs*. Con sus audífonos, no escuchaba absolutamente nada de afuera. Iba absorto en su burbuja siguiendo esa cabellera negra abundante y salvaje. Probablemente esa chica era una amante excepcional, seguramente hacía el amor como una demonia, probablemente era dulce como el almíbar, probablemente era amable, candorosa y afable debajo de esa coraza que mostraba ante el mundo. Probablemente era todo lo que el soñaba de una mujer. Casi poder sentir el aire filtrado exclusivamente por sus cabellos, sus cabellos más rebeldes casi podía tocarlos, casi rozaban su nariz. El sol yaciente de la tarde daba áureamente sobre el inicio de los brazos, justo por donde podía ver la cicatriz de su vacuna infantil. Incluso esa cicatriz tan habitual le parecía sexy en

ella. Parecía una ameba tatuada en transparencia sobre su blanquísimo brazo. Estaba tan cerca de ella que podrían formarse como en la fila del colegio, tomar distancia, colocar la punta de su dedo medio, brazo recto en noventa grados con respecto a su cuerpo, sobre el hombro de su víctima. Si aceleraba podría incluso tropezarla. Estaba justo donde quería: tras ella.

* * *

— Chamo, Michel está mal. De pana.

— ¿Ustedes han leído *Un regalo para Julia* de Francisco Massiani?

— Sí, Michel... Ya nos lo leíste dos veces... -Carla se paró y se dirigió al baño a limpiarse el vómito de Michel de su pantalón.

— Tú no tienes maldad ni para matar un pollito, Michel. -se burló amigablemente Euclides.

— ¿Ah no? Te voy a hacer una adivinanza. ¿Qué es amarillo y si lo licúas se vuelve rojo?

— ¿Otra vez con eso? ¡Basta, chamo! Nos tienes más mareados tú que el licor. De pana, chamo, jajaja...

— Carla, ¿tú me entiendes, verdad?

— ¡Yo lo que entiendo es que estás vuelto mierda, cabeza de ñame! -gritó restregando su pantalón en el lavamanos.

— ¡Les juro que había muchísimas chiripas en el baño! ¡Es en serio!

— ¡Ay, cállate, Michel! Deja el escándalo que no dejas oír la música y es la una de la mañana y después los vecinos se ponen fastidiosos.

— ¡La única chiripa que debería angustiarte es la de la tipa esa, jajaja! —gritó con total desfachatez, Carla desde el baño.

— ¡Coño, deja la gritería tú también, vale! Después los vecinos le echan el chisme a mi mamá y soy yo el que se tengo que calar el sermón de la montaña mezclado con el discurso de Angostura...

— ¿“se tengo”? ¡Estás hablando de pinga! ¡Jajaja!

— No joda, ustedes me entendieron. Ya como que estoy rascado yo también.

— Estás... ¿cómo es que dice Samanta siempre? “Más rascado que lomo ‘e perro sarnoso”, ¡jajaja!

— Coño, vamos a hacer una vaina, vale, para ayudar al pana, Carla.

— ¿Qué?

— Vamos a ayudarlo.

— ¿Cómo?

— La interceptamos, le decimos que hay un chamo que quiere conocerla y le decimos que se trata del vigilante del banco, este carajito cagón que ni para vigilante sirve de lo cagado que es, ¡jajaja!

— ¡Coño, compadre, si me va ayudar así mejor no me ayude! ¡jajaja!

— Ustedes dos sí dan pifia... —Carla regresaba del baño con medio pantalón mojado pero, al fin, limpio.

— ¿Qué dices, le echamos bola?

— ¿Ustedes han escuchado *El poema negro* de Gillman? Quiero recitarle ese poema...

— ¿En serio? ¡Que te den, Michel! De pana...

— En serio. Es cursi, pero es burda de gótico. Debe gustarle:

*¡De su belleza que irradió cual astro
no había allí tan siquiera un rastro.
Era un informe y corrompido andrajo.
La miré contristado, mudo, inerte
Medité en los festines de la muerte...*

— ¡¿Coño, en serio tú te sabes ese poema?! —Carla hizo callar a Euclides con un gesto para que no interrumpiera a Michel.

*— y me hundí en el sepulcro abierto a tacto
temblorosas tendiéronse mis manos
al inmenso hervidero de gusanos.
Busqué de la garganta las junturas...*

— Eso siempre me ha parecido burda de *grind* chamo...

— ¡Cállate, Eucli!

*— nervioso retorcí, hubo traquidos
de huesos arrancados y partidos
hasta que hollando vi las sepulturas.
Huí miedoso entre las sombras crueles
creyendo que los muertos en tropeles
levantaban su forma descarnada,
corriendo a rescatar su calavera,
esa yerta y silente compañera
de la lóbrega noche de la nada...
Eso pasó. Fue ayer.
Hoy en mi mesa
Cual escombros final de su belleza
El hada, muda, lívida e inerte*

*Sobre mis libros en montón reposa
Cual una gigantesca y blanca rosa
Que ostentase la risa de la muerte.*

— ¿Sabes qué? Hay algo que no me convence de ese poema negro.

— Yo prefiero el beso negro —Euclides recibió un golpe en la cabeza por parte de Carla por este comentario morboso.

— ¿Qué? —preguntó Michel.

— La chama va a creer que le estás proponiendo que si se muere, ni muerta la vas a dejar tranquila en su tumba.

— Eso es romántico.

— ¿Romántico? Estás loco. Eso es demente, chamo. A mí un tipo desconocido me dice eso de entrada y salgo corriendo.

— ¡Sí, Satán vive! —Euclides volvió a recibir un golpe en la cabeza por parte de Carla por este comentario bobo.

— Pero no es mi intención. Además, todo el mundo sabe que ese es *El poema negro* de Gillman. Lo que necesito es que sepa que me gusta Gillman y me gusta la poesía, y me gusta ella

— Bueno, bueno, ya, ¡beodo! ¡“veo—doble”!... No sé. A mí me sigue pareciendo un poco raro.

— ¿Y si no le gusta Gillman? A mí no me gusta mucho.

— Ay, Euclides, a ti no te gusta nada. Para ti lo único bueno es Pantera y Biohazard. De resto no te gusta nada.

— ¡Claro! Esas son bandas de calidad. No esas mierdas de Guns N'Roses y Nirvana que a ustedes les gustan... Además también me gusta Faith No More.

— No te metas con Guns N'Roses. ¡Te lo prohíbo! —exigió

Carla entre broma y en serio.

— Bueno, eso es lo que voy a hacer, vale. ¡Nada! ¡Se acabó!

* * *

— *¡Power to the music!*

— Hola. Chica, disculpa.

— ¿Sí?

— Oye... Mucho gusto. Me llamo Carla. Disculpa, pero... hay un chico que me pidió encarecidamente que te dijera que quiere conocerte.

— ¿Ah, sí? ¿Y cómo para qué? —la pregunta desencajó a Carla. Michel estaba a escasos dos metros de las dos muchachas.

— Bueno... Pregúntale a él. Es él. —dijo señalando a Michel que estaba con sus audífonos.

Carla le peló los ojos a Michel y hizo gesto de que se quitara los audífonos. La canción de Green Jelly había pasado y sin darse cuenta estaba sonando la siguiente, *Power to the music* de Mötley Crüe. Michel rápidamente hizo caso y se quitó los audífonos. Dio dos pasos hacia adelante abriendo ampliamente la piernas para reducir espacio lo más rápido posible sin titubear tanto. Miró a los ojos a la chica por primera vez. Era hermosa, sus ojos eran negros, y el delineado era también negro y perfecto. El rojo oscuro de los labios contrastaba fuertemente con su piel blanquísima. Michel, trigueño, pelo corto enroscado, nariz perfilada, ojos marrones, no se podía decir que no podía ser un muchacho atractivo para una chica, o al menos así lo veía Carla compasivamente. Sí a Carla le gustaran

los hombres, seguramente le gustaría Michel. Pero Carla no estaba pendiente de ningún varón. Al contrario, su amistad tan cercana con Michel consistía en que sabía lo tímido que este era, sobre todo con las mujeres. De repente Carla se dio cuenta de que los segundos que transcurrían mientras Michel no hablaba, no decía ni pío, se hacían tan largos que a la chica le dio tiempo para mirar de nuevo a Carla y decirle secamente:

— ¿Y entonces? ¿Me van a asaltar o qué?

— ¡No, chica! ¿Cómo crees? —dijo Carla.

— Hola. —se apuró Michel dándose cuenta de que estaba desperdiciando la oportunidad— ¿Cómo te llamas?

— Aura. ¿Por qué?

— No, bueno, para saber... —Michel quedó mudo de nuevo.

— Bueno, ya hice mi parte. Yo los dejo solos y... —dijo Carla escabulléndose hacia donde estaba Euclides más abajo en la esquina.

— No, amiga. Tranquila —interrumpió Aura— La que los deja solos soy yo.

— ¡No, pero...! —Carla se le quedó viendo tratando de calmarla y sacarlo a él de su letargo.

— ¿Qué edad tienes? —se apuró Michel sin saber qué decir.

— Veinticuatro, ¿por qué? ¿Es un interrogatorio?

— No, bueno... para saber...

— Bueno ya sabes mucho. Chao.

Aura simplemente siguió calle abajo. El color negro de su cabello brillaba como un exquisito infierno a la luz del crepúsculo. Carla se acercó a Michel. Aura pasó por un

lado de Euclides con su miso gesto careculístico. Michel se quedó en el sitio. Carla le dio por el hombro y le preguntó que qué le pasaba, si no tenía bolas o qué. Euclides se acercó también.

— Chamo, esa jeva es dura.

— ¡No joda, Michel! Más agüevoneado y te mueres. —lo increpó Carla.

— Tiene novio.

— No vengas tú, no seas mentiroso. No le preguntaste nada de eso. —contestó Carla indignada.

— No hace falta que me lo diga. Sólo lo sé.

Michel no sabía nada, sólo trataba de autoconvencerse cobardemente de que Aura no era para él. Sobre todo porque, en su machismo disimuladísimo, el hecho de que Aura fuera dos años mayor que él, le hacía convencerse de que ella no le interesaría para nada andar con un chico menor que ella. Él no era digno de ella. Así se sentía. En realidad todos sabemos que eso, realmente, él nunca podría saberlo si no lo intentaba, pero lo cierto es que, al día siguiente, decidió salir más temprano de su trabajo, antes de que pasara Aura, para no tener que volver a verla. Sentía que la odiaba desde lo más profundo de su alma. Al salir, se puso sus audífonos. Lo que sonó fue The Offspring con *She's got issues...*

... Oh man she's got issues

And I'm gonna pay

She thinks she's the victim

But she takes it all out on me...

Era la canción perfecta para la ocasión, y para no volver a saber más nunca de Aura. Ah, perfecto, y la que le seguía después era *She hates me* de Puddle Of Mudd...

... She fuckin' hates me... la—la—la—la...

HARD ROCK

*“The devil and the priest can’t exist if one goes away
It’s just like the battle of the sun and the moon, and night and day
The force of the devil, that’s we’re all told to fear
But watch out for religion when he gets too near, too near”*
Black Sabbath: *Disturbing the priest*

“Living just for dying, dying just for you”
Black Sabbath: *Sabbath bloody Sabbath*

Edgar Rivero, acabó de enterarme por un comentario de Maria Corrales en tu muro homenaje a Tubal de la muerte de este admirado y querido músico de la escena rockera tereseña... La noticia inesperada, desconcertante, infausta, me ha caído pesada como un barril de fango en la cabeza y sobre los hombros. ¿Es acaso cierto? ¿Puede un artista como Tubal Calzadilla morir así y que nadie salvo sus más allegados se enteren, y un homenaje a él no provenga del sentir de todo ese “gremio” o más bien “fauna” que a veces nos jactamos los rockeros de ser, sino de sentimientos aislados de algunos amigos que lo conocieron y apreciaron en vida? Me parece injusto por lo insuficiente. Al menos a mí me hubiera gustado, en principio, que fuera inmortal como los monstruos épicos de Danzig o como los himnos de batalla de Manowar, pero como era humano e inevitablemente iba a morir, al menos que fuera para todos un dolor agudo y espinoso como

la partida de Diamond Darrell o la de Jeff Hanneman. Sin embargo, por ahora, seguiremos consolándonos con saber que hay un grupo de personas que lo recuerda con afecto y respeto.

Yo también conocí a Tubal en los tiempos de Krematorio. También recuerdo ese concierto en la cancha del bloque 6 de la Urbanización Luis Tovar, pero el nombre “Chancleta 3” no era sino una chanza burlesca anónima. El nombre de esa banda era Notas Negras. Lo sé porque, aunque yo no estuve en ese concierto, esa era la banda de la Urbanización Luis Tovar, donde he vivido toda mi vida. Mi apartamento sigue en el bloque 15. Notas Negras, que luego pasaría a llamarse Krematorio, era no sólo la banda de rock por excelencia de Santa Teresa y específicamente de Luis Tovar, sino aún más específicamente y sobre todo del bloque 17, ya que ensayaban allí, en el apartamento 0208, esquinero del segundo piso, es decir, en la casa de los Calzadilla. Eran los años de 1993-‘94. En 1995 hice mi curso de guitarra en el famoso “Conac”, cuyo nombre correcto siempre ha sido “Centro de Formación Cultural Federico Bello Klie”. Ya andaba también yo en la movida en la plaza Bolívar, y muchos amigos de ese tiempo, los mejores amigos, a pesar de sus defectos, han partido. Me duele la muerte de Tubal como me dolió la de Pedro Mejías Abreu “Matosito”, la de la hermana de Tico-Tico, a la que de tanto decirle “James Hetfield” olvidé su nombre preciso (¿Mariela o Marianela? ¡Es que se le parecía!), lo que le pasó a Gabriel “Casi-Loco”... Estos no eran músicos destacados como Tubal, pero eran de la movida rockera

y por eso los recuerdo, los evoco en este momento triste. Domingo D'Alessandri era el de los “alaridos apocalípticos” en Krematorio. En la etiqueta de su cassette demo así era como decía. No decía vocalista. Igualmente los otros miembros: Tubal, Darwin y Cheo (esta mañana me lo crucé frente a Oración Fuerte al Espíritu Santo, iglesia donde ahora él se congrega, y no sé porqué, por la manera en que me saludó, isentí que quería decirme algo!), decían otras cosas en vez del título como instrumentistas como tal. Ese demo lo tuve y, al igual que ustedes, lo perdí con el tiempo, no porque se me perdiera literalmente, sino porque el cassette se me dañó, y la etiqueta, impresa en impresora de cinta y fotocopiada, se puso fea, borrosa e inentendible con el paso de los años. Domingo y Tubal vivían en el bloque 17, por eso en la urbanización los muchachos identificábamos el bloque con el sonido característico que salía de la última habitación. Desde donde está hoy el Barrio Adentro, que en aquel tiempo era puro monte, se podía oír casi a la perfección el ensayo de Krematorio. Fue entre 1995-’96, después de que hice mi curso en el Bello Klie, que Tubal lanzó su curso de guitarra eléctrica nivel I al cual él llamó “Metal Desmadre”. En ese curso, que comenzamos en una casa que creo que era de la familia de Domingo, y quedaba por La Virginia para adentro (¿Nueva Virginia? Ni idea. No recuerdo. Lo cierto es que era Municipio Paz Castillo del Estado Miranda), fuimos varios los que empezamos, pero, lamentablemente yo fui el único que lo cursó hasta el final. De hecho las últimas clases, como quedaba ya yo solo, Tubal me las dio en su casa en el bloque 17, a apenas dos bloques del mío. Así pues, digo con orgullo, siempre

lo dije y lo seguiré diciendo, yo fui alumno de Tubal Calzadilla, yo fui el único que terminó con él el curso. Lástima que no está ya él para corroborarlo. Eso me hizo tener un gran afecto y admiración por él, un gran respeto a su talento inobjetable. Muy pocos guitarristas en los Valles del Tuy han sido tan buenos como lo fue él. Su manejo de las diferentes técnicas y escalas, su conocimiento de los diferentes estilos así como de los distintos modelos de guitarras eléctricas, lo hacían una pequeña biblioteca del rock andante. Además de su amplio conocimiento de una cantidad interminable de canciones, lo hacían también una musicoteca rockera andante. Al terminar el curso con Tubal, él me regaló dos cassettes, no de Krematorio, sino de música variada. Uno era de rock viejo, pero sólo con los mejores guitarristas: Jimmi Hendrix, Steve Vai, Black Sabbath, entre otros. Y otro con rock de la época noventosa que nos cobijaba, también sólo de los mejores guitarristas: Pantera, Manowar, Sepultura, y otros más. La verdad, no recuerdo bien lo que tenían los cassettes. En el apartamento los tengo guardados. En este momento no estoy allí. También tuve el privilegio de ser uno de los pocos que vio unas grabaciones “inéditas” de Krematorio en ensayo y un intento de videoclip que, pese a que no cuadraba el audio con el video, el esfuerzo que hacían esos chamos de entonces era increíble en un pueblo tan triste como este. Pero Tubal no me prestó ese cassette de VHS por mostrarme ególatramente a Krematorio. No. Fue que un día llegué a su casa y él estaba viendo unos videos de una banda que yo entonces no conocía: OverKill. La banda me fascinó de inmediato y le pedí encarecidamente que me lo

prestara. Lo que me respondió es una frase que uso hoy en día cuando voy a prestar libros: “Solo te lo presto porque sé dónde vives”, y soltó su risita característica tipo Genne Simmons y que le convertía el rostro redondo, avejentado y amargado que tenía en una cara de niño travieso ante la cual era imposible no reírse también. Me advirtió entonces sobre todo lo que tenía el videocassette (Mötley Crüe, OverKill, Iron Maiden y Venom, principalmente), y sobre unas grabaciones locas que había hacia el final de la cinta: videos de ellos ensayando, payaseando y, por supuesto, su intento de videoclip de la canción “Satanás”. Había una parte del coro que todos cantaban a pleno pulmón en los conciertos: “El seis-seis-seis será tu eslogan”. Creo que era el estribillo más pegajoso. La canción intentaba ser una versión del Apocalipsis.

Pero la primera vez que realmente vi a Krematorio en vivo no fue en Santa Teresa. Irónicamente fue en Santa Lucía, en la casa de Acción Democrática. Ese día se presentó también Claustrofobia, muy buenos también. Yo tenía 15 años, en 1995. O al menos eso creo. Fui con mi tío Frank, es a quien muchos recuerdan en la movida bajo el apodo de “Homero”. Luego tuve oportunidad de ver a Krematorio varias veces en Santa Teresa, específicamente en el Solar del Tuy, en el Juan España, en el antiguo cine e incluso una vez en el Atrium de Ocumare del Tuy. Hasta allá fuimos aquel grupo de amigos que éramos “Matosito”, “Casi-Loco”, “Tico-Tico” y yo. Aunque Tico-Tico, al decir verdad, andaba con todo el mundo porque era prácticamente el alma de todas las fiestas. Incluso

una vez que fuimos a un toque de Reciclaje (o más bien una “tripa”) en algún sitio remoto de San Vicente, en Paz Castillo, la borrachera más graciosa y que fue el centro de atención de la noche fue la de Tico-Tico. Más tarde, a la onda se sumaría Martes 13, donde “Casi-Loco” hacía que cantaba, aunque en realidad, como buen fanático del Death Metal, sólo gruñía. Nunca olvidaré ese concierto en el desaparecido ANIACHS, frente a lo que era la Casa de los Adornos, al lado de donde está hoy Servisonidos El Mache. Cuando logré formar mi banda ya la onda había bajado... Pero todo esto es otra historia... Así como lo es el intento fallido de banda que alguna vez tuvimos Tubal y yo, donde lideraba mi tío Frank. Sólo tres veces ensayamos, pero la banda nunca nació realmente. Principalmente porque Frank era evangélico, Tubal era mormón y yo era un muchachito entre esos dos viejos.

De Tubal me distancié por razones inexplicables e injustificables hace pocos años. Yo con mis convicciones revolucionarias parece que fui insoportable para Tubal, a pesar de que mi inclinación hacia la literatura y la mezcla de esta que yo hago con la música rock, a él le gustaba y siempre me expresaba su afecto y admiración también. Pero un día se me ocurrió comentar algo que él puso en su estado de Facebook, pero sin insultarlo ni nada. Al contrario. Elogiándolo por ser un artista tan excelente e invitándolo a sumarnos más bien a un esfuerzo por hacer de nuestro país algo mejor, desde la onda rockera podíamos hacerlo. Yo desde mi chavismo convencido, seguramente ingenuo, y él desde su antichavismo

también convencido, probablemente producto de experiencias amargas. Sin embargo alguna parte de mi comentario, que jamás fue un ataque, él lo percibió de manera muy desagradable y, luego de decirme una serie de cosas, que debo decir que tampoco fueron ofensas, me cortó la amistad y más nunca me dirigió la palabra. En aquel momento le expresé que no entendía su reacción, pero si así era, yo igual lo apreciaba y respetaba mucho. Esa era su personalidad y, pues, había que respetársela. Nunca me respondió. Mucho tiempo después, hace tal vez uno o dos años, volví a escribirle por mensaje privado porque me salió un recuerdo de facebook sobre algo que habíamos compartido alguna vez los dos, y le expresé de nuevo mi afecto, respeto y admiración. Pero aún así, Tubal nunca me respondió.

Yo no soy rencoroso, aunque lo parezca. Siempre extrañé a mi pana Tubal y, cada vez que me crucé con él, y la última fue hace pocos meses, me daba rabia y frustración no poder saludarlo como antes. Se convirtió en una muralla impenetrable. No sé si tal vez más que herir una susceptibilidad, lo herí en la amistad. No tengo la más mínima idea y nunca lo sabré. Sólo sé que hubiera sido preferible para mí no decirle nada y conservar la amistad, que era para mí más importante que cualquier convicción política. Pero si existe un más allá a dónde van a parar las ánimas creativas, soñadoras y rebeldes como la de Tubal Calzadilla, sólo espero que allá se dé cuenta de que jamás tuve una mala idea de él, ni le tuve rabia ni nada. Y ruego que me espere allá y me algunas clases más...

Este último párrafo lo escribiré en segunda persona, para ti, Tubal. Siempre te tendré entre mis maestros, y repito: para ti siempre mi afecto, respeto y admiración. Qué lástima que la politiquería nos distanciara. ¡Y qué bronca no haberme podido despedir de ti!

Escrito en mi muro de Facebook a finales de 2019

INTERLUDIO III

Dedicatoria biográfica-testimonial a Pedro Luis Abreu Mejías “Matosito”

Tal y como prometí en el Interludio II, quiero dedicar este libro de cuentos, crónicas, testimonios, reflexiones y letras de canciones a la memoria de mi viejo amigo “Matosito”. Ya saben, si leyeron con atención, por qué la dedicatoria de este libro está en el medio, y no al final ni al centro. Y además, comprenderán por qué es así: porque quiero hablar sobre la persona, ese ser anónimo para el mundo pero muy vivencial para mí y unos pocos amigos, que fue este muchacho, porque una simple dedicatoria sola no expresa nada y no quiero usarla como una especie de requisito de relleno para iniciar estos textos, sino que quiero que él, Matosito, forma parte integral del libro.

Matosito era un par de años mayor que yo en edad, pero de tamaño era como diez centímetros más bajo que yo. Tal vez medía un metro sesenta aproximadamente. Lo conocí, como a la mayoría de los rockeros de aquella generación, en la Plaza Bolívar de Santa Teresa del Tuy. Tenía yo catorce años, en 1994. Él era primo de otro gran amigo mío de toda la vida con el cual estudié en el liceo desde el primer año de bachillerato (en aquel tiempo le decíamos Séptimo Grado), Wilfredo Mendoza Mejías, con quien terminaría formando poco después mi banda de rock suave. Matosito

desde los primeros momentos fue un buen amigo para conversar no sólo sobre música, sino sobre la vida, sobre la cultura en general. Él era fanático especialmente de Iron Maiden y en eso compartía en buena medida sus gustos con Gabriel, al que llamábamos “Casi-Loco”. Yo de Iron Maiden tenía real gusto por su disco *Fear of the dark* (claro, era el que había salido en 1991 y para mí era como un disco de moda), y algunas canciones de discos anteriores, pero Matosito se las sabía todas. Yo era así principalmente con Metallica. Cada quien tenía sus gustos y predilecciones. Pero con Matosito las conversaciones eran largas y variadas, desde astrología nuclear hasta botánica cuántica, pasando por agricultura molecular o mecánica lúdica... Obviamente estoy bromenado, pero lo que quiero decir es que Matosito, a pesar de que en realidad era un chamo muy callado, conmigo se guindaba a hablar como una comadre.

Sin embargo, Matosito arrastraba silente una gran frustración: en su familia todos eran músicos o artistas, menos él. No tenía oído musical, no era bueno dibujando, parecía realmente no ser bueno en nada de lo que eran buenos sus primos y sus hermanos (también soy muy amigo de su primo Richard Mendoza, artesano, alfarero y vinicultor, y de su otro primo menor, Wilmer Mendoza, cuatrista y cantante). Yo podía notarlo porque él intentaba aprender a tocar la guitarra. Se sabía los acordes, pisaba como podía las cuerdas con su mano izquierda, rasgaba con la mano derecha con una torpeza casi infantil, fuera de ritmo. Y se fajaba, y lo intentaba, y hasta quería tener

también su propia banda, ya que nosotros ya habíamos formado la nuestra y, por razones obvias, lo habíamos excluido. Si alguien le prestaba una guitarra en la plaza, salía corriendo a sentarse en un rincón apartado de todos nosotros a practicar, intentar tocar, solo, pero por supuesto dos o tres de nosotros (casi siempre Casi-Loco y yo) nos acercábamos a acompañarlo, ayudarlo y animarlo. Nos daba cosa, en verdad. Sentimiento. Pero era imposible meterlo ni siquiera como segunda guitarra porque no lo hacía para nada bien, y él mismo lo sabía. Se le notaba que lo sabía porque ni siquiera insistía en pertenecer al grupo. En lo único que insistía de manera pertinaz era en aprender a tocar la guitarra a como diera lugar, sin tener una, agarrando una prestada cada vez que podía, así fueran cinco minutos. Lamentablemente, no había manera.

A los dos o tres años de amistad, cuando nuestra banda ya había agarrado vuelo, se conformó con ser uno de nuestros *roadies*, nos ayudaba a transportar los instrumentos, nos acompañaba cuando viajábamos a tocar a donde fuera, estaba en nuestros ensayos y a menudo opinaba sobre nuestras canciones, casi siempre a favor, a pesar de que sabíamos que sus gustos iban más hacia el rock pesado y nosotros, para unir criterios y no ponernos a discutir géneros, habíamos decidido simplemente tocar un rock suave, casi pop, al cual pronto le agregaríamos algunas experimentaciones. El punto es que, mientras nuestra banda duró, él estuvo ahí con nosotros. En cada concierto nos aplaudió y apoyó.

En 1999 la banda se separó y todo el cúmulo de amigos (y algunas *fans*) que habíamos juntado terminaron también desperdigándose en todas direcciones, lamentándose de nuestra separación y aspirando que en algún futuro nos reuniéramos, cosa que jamás sucedió en realidad aunque una vez lo intentamos.

En ese tiempo, Matosito, simplemente, se nos perdió de vista por largo tiempo. Buscó trabajo como vigilante, intentó terminar su bachillerato (no sé si lo logró), luego formó una familia y hasta consiguió casa propia. Luego de trabajar como vigilante, consiguió trabajo como policía, y ese fue su error. Pocos años después, Pedro Luis Abreu Mejías fue hallado muerto en circunstancias semejantes a las narradas en el cuento *Trash metal*, referidas al personaje de Cándido. Matosito, Pedro Luis, era en realidad una persona muy cándida.

Y con esto sólo digo una cosa que ya el lector se imagina: todos los personajes de estos cuentos están basados en personas reales. El más obvio, como podrán ver es Gabriel “Casi-Loco”. Es el mismo “Doble-Loco”, le agregué grado y medio de locura. Sobre Gabriel sólo diré una anécdota: una vez estábamos en la plaza y había un loco que a veces andaba por ahí, horrible, con un herpes que le cubría toda la barriga. Nosotros siempre le huíamos, porque además, en verdad, el pobre hombre apestaba. El loco se nos acercó y entonces Gabriel “Casi-Loco”, empezó a gritar desaforado por toda la plaza, payaseando “¡No, no, no! ¡Por favor, no! ¡Auxilio!” Y todos nosotros nos

quedamos viendo la exageradísima reacción de nuestro amigo, pero más nos impactó fue que el loco, del tiro se devolvió por donde venía balbuceando “coño, ese sí es verdad que está loco”. Nuestra conclusión lógica, en medio de las risas fue “así será Gabriel de loco, que hasta el loco le dice que está loco”.

Tiempos negros que no volverán...

METALATINO

*“People always running.
Feelings: no time. For feelings: no time (...)
It’s much too late to notice
crying I am, crying I am”
Laberinto: Freakao*

*“¡Revolucionar! ¡Nuestra condición!
¡Revolucionar! ¡Tomar lo que es nuestro!”
A.N.I.M.A.L.: Revolución*

— ¿Has escuchado la banda
puertorriqueña P.U.Y.A.?
— No.

— ¿Y los mexicanos Resorte?

— Ah, esos sí...

— Ajá. Me lo imaginé. Pero esos no tocan metalatino.

— Y dale con eso...

— No, no... Es para que veas, es para que veas...

— ¿Qué es lo que quieres que vea? ¿Qué yo tengo que decir a juro, porque tú quieres, que el Metalatino es mejor que todo lo demás. Estás como Xenón.

— Yo no he dicho eso, chamo. Yo no estoy diciendo que sea mejor. Lo que estoy diciendo es que, como eso es de aquí nuestra América Latina, deberíamos conocerlo más, apreciarlo más, valorarlo...

— Y el hecho de que no me guste Laberinto ya me hace

ser... ¿qué? ¿Un ignorante? ¿Según tú?

— ¿Yo te dije ignorante?

— Prácticamente eso es lo que me estás diciendo.

— No. Eso es lo que tú quieres entender. Lo que sí eres es necio.

— Necias son las nalgas tuyas.

— Qué va chamo, contigo no se puede hablar.

— A mí no me gusta Laberinto. Punto. No me gusta la mezcla de Power con Salsa ni con Tambor. Lo único que me da risa es su versión de *Los Chimichimitos*. Le tengo arrechera a la Salsa y me ladilla el Tambor.

— Ah, claro, *Los chimichimitos* en hardcore sí te gusta porque es para joder, burlándose de las tradiciones, aunque no niego que lo hacen muy bien.

— No se burlan...

— Yo sé que no, es un decir, ya dije que lo hacen muy bien...

— Ajá...

— Pero es la misma razón por la cual te gusta *Te quiero, puta* de Rammstein. Porque es una jodedera sin seriedad. ¿Cuál es tu criterio entonces de rock serio?

— Pero es que serio no tiene que ver con eso. Por “serio” me refiero a otra cosa.

— ¿A qué?

— Bueno, a que hagan música buena, bien hecha.

— ¿Y quién decide qué música es buena y qué música es mala? ¿Tú? ¿Tus gustos? Tú eres el centro del universo pues. El Dios.

— Yo soy músico y yo sé cuando...

— No me hables güevonadas, Manuelote, que los de Laberinto también son músicos.

— Bueno, pero hay músicos buenos y músicos malos.

- ¿Y qué hace que sean malos, según tú?
- ¡Verga, Esteban, que no tocan bien! ¿Te parece poco? Esa mierda no se entiende.
- Ah, y Napalm Death sí se entiende. Cannibal Corpse sí se entiende. The Accused sí se entiende...
- Eso es diferente porque...
- Porque esos sí te gustan, ¿no es así?
- No joda, Esteban, anda a cagar.

Dicho esto, Manuelote se paró obstinado y se fue del lugar hacia donde estaban otro grupo de rockeros. Gabi se quedó mirándolo tranquila.

- No sé para qué discutes con él si sabes lo necio que es.
- Yo tampoco sé. Es un gafo. Fíjate, como no logra al final defenderse en sus pendejadas sin argumentos, se arrecha y se va para allá.
- Bueno, tú sabes qué él es así con todo. No sé para qué te das mala vida.
- Yo sólo sé, Gabi, que esta es una vaina que tengo tiempo pensando y que tiene que ser así, porque es una vaina de lógica. Coño si somos latinoamericanos, de esta parte del mundo, ¡verga!, ¿no es nuestro deber conocer nuestra música de nuestra región y, ya que tanto nos gusta el rock a todos, y ha sido la música que sacudió y sacude al mundo, hacer música de fusión como están haciendo tantos músicos? Coño, para mí lo que hace Laberinto es crucial. De pana.
- Bueno, ya. Está bien, pues. A mí me gusta todo tipo de música en verdad. Tú lo sabes. Lo que pasa es que me gusta

más el rock y soy amiga de ustedes, pero yo no me caigo a pasiones con eso de los gustos, y menos con Manuelote, que por algo le pusieron ese apodo de gallego bruto.

— Con Manuelote uno no llega a ninguna parte discutiendo.

— Exacto. ¿Y qué hacemos ahora?

— Lo único que sabemos hacer cuando no sabemos qué hacer en esta plaza... Ir hacia donde están los demás.

— Ser un animal social es una cosa seria, chamo. Si no nos agregamos, así sea donde está el cabeza de ñame de Manuelote, no estamos tranquilos.

— Ya va, Gabi... Ya va... yo no quiero ir para allá. Ese seguro llegó allá hablando mal de mí. No es que me importe especialmente, pero me da fastidio. En serio. ¿Por qué no vamos a tomarnos una cerveza?

— Bueno...

— Ah, no... Olvídalo. No me alcanza la plata...

— ¿Y entonces?

— Me siento aquí, no joda. Punto...

Gabi y Esteban estuvieron un minuto entero en silencio. Contemplaban todo en derredor y a la vez no miraban nada. Esteban sabía que algo debía cambiar en su forma de hacer las cosas. Que el hecho de que estuviera cambiando su forma de pensar, tal vez por su madurez ya de 28 años, le permitía entender que se había estado perdiendo de ciertas cosas desde la adolescencia, que no había tomado en cuenta.

— ¿Sabes, Gabi?... Si vuelvo a formar una banda, tiene que ser de fusión, metalatino con neofolclor. Una cosa así

bien rara, nueva, diferente. Que guste a todo el mundo y al mismo tiempo los deje boquiabiertos.

— ¿Y con quién vas a hacerla? Yo lo único que sé tocar es armónica y de vaina porque mi papá me enseñó de pequeña, pero más nada.

— Pero eso está bien. Es un elemento interesante que podríamos agregarle a la música. ¿Por qué no formamos una banda tú y yo?

— ¿Tú y yo? ¿En serio? Jaja... Yo nunca he estado en una banda.

— Tú eres una chica morena que toca la armónica y te vistes como una bruja. Eres la antítesis del gordo este que toca la armónica, el que tocó en el Woodstock '94.

— Ah sí. Yo sé cuál tú dices. No recuerdo el nombre... ¡Oye, pero ese tipo es un verdugo con esa armónica! Yo no le llego ni por los pies.

— No importa. Es cuestión de práctica. ¿Cuántos años es que tienes tú?

— Veinte justicos.

— Perfecto. Vamos a intentarlo, Gabi. Yo con el bajo, tú con la armónica, y ¿será que le decimos a Yoiner para la guitarra?

— Yoiner está un poco enredado... pero bueno, es cuestión de decirle.

— Bueno. Si no, buscamos a otro. Pero quiero hacer una música diferente. Tengo años buscando eso, y ya di en el clavo. Eso es lo que quiero hacer. ¿Estás conmigo?

— Bueno... Sí va... ¿Te cuento un secreto?

— ¿Qué?

— También toco flauta dulce. ¿Te sirve?

— ¡¿En serio?! ¡Gabi! ¡Eres una belleza, mi negrura! Me parece buenísimo. Si Jethro Tull y Alban Arthuan usan una flauta transversa, nosotros podemos usar una dulce.

Esteban había dado por fin con su idea. Irónicamente había sido esa discusión con Manuelote lo que lo había terminado de ayudar a esclarecer sus pensamientos. Con su buena amiga Gabi, más loca que una cabra, con un carácter fuerte y persistente que tenía, podría inventar algo nuevo.

— ¿Y qué nombre le ponemos?

— Eso lo pensaremos después.

NEW METAL

*“Why don’t presidents fight the war?
Why do they always send the poor?”*

System Of A Down: *B.Y.O.B.*

“Three half eaten corneas”

The Mars Volta: *Televators*

¿Quien letras y versos para canciones nuevas, para hacer rock nuevo? Aquí van todas las que se me pudieron ocurrir, sobre todo despues de que System Of A Down y The Mars Volta hicieron todo lo que les dio la gana con la música rock, para abrir el sgilo XXI, y con ello abrieron posibilidades que se salieron totalmente de las normas clásicas y comerciales, de los estereotipos rockeros, las fórmulas demasiado repetitivas.

Hay gente que dice que el New Metal empieza que si con Marilyn Manson, que si con Korn, que si con Limp Bizkit, que si con Linkin Park, que si con P.O.D., que si con este que si con el otro...

Todas esas afirmaciones son válidas cronológicamente, pero si queremos hablar de una música rock realmente extraña, rara, aún poco comprendida por lo innovadora, por lo atrevida, por lo lúdica, tienen que pensar en

estos armenios y estos chicanos. Hicieron que el rock se pareciera más a la literatura: la única regla es que, en algún momento, tienes que romper la regla. Esa es la mayor lección de rebeldía que da el rock en tanto arte.

El rock y el arte son rebeldes porque, simplemente no sirven para ninguna guerra... y a los gobiernos del mundo entero les encantan las guerras. Nosotros no seguimos gobierno alguno. Somos anarquistas, o anarquistoides, como prefieran, pero lo cierto es que somos rebeldía , rabia y creatividad pura.

Y sin más, aquí van estos versos que pueden verse como poemas sueltos o como simples frases sueltas, tal vez como potenciales letras para canciones rockeras (¿Quién quita?!) o como tres corneas a medio comer:

El peso del mundo

*“You’re out to save the world
my friend of misery”*

Metallica

verbo trinitrotolueno
copula estas rojas falanges
cerebro terco entre nosotros
la palabra sólo va en el trueno
la bala es origami
al final la bomba hace
el peso del mundo

* * *

Nunca oirás de nuevo

*“touch me again for the words
that you’ll hear evermore”*

Metallica

No pises
el existencialismo en si bemol menor
que nunca oirás de nuevo
somos la metáfora
de lo que hemos creado
(en este polígono de tiro)
la bala que tocas
es la palabra que trasciende

* * *

Los huesos de los muertos

*“Great nations built
from the bones of the dead”*

Megadeth

nado en insecticida
trago incendios
y continúo hablando como si nada
me conecto a otros centímetros
donde la murmuración
es bombardeo

vagina de Gea
violación subterránea
alimento para las manos
y el dedo que pulsa, oprime
y permitimos...
si tan solo no tuviéramos tanto éter en el cerebro...

* * *

Línea de tiza

*“One day this chalk outline
will circle this city”*
The Mars Volta

no puedo mantener en pie
mis frentes de ataque
guardo el jugo de espinas en la nevera
me dispongo a ser menos que nada
pero seguiré
a pesar de esta línea de tiza
con verso agitador
sosteniendo firme el concepto de tu rosa

EPÍLOGO

No hay mucho que decir en este epílogo. Sólo intenté, con este libro, visualizar ese submundo, esa subcultura, ese suburbio existencial que es el rock pesado, el mundillo cerrado de quienes tienen como música predilecta el heavy metal, el trash metal, el death metal y todo esos derivados, variaciones, mezclas de subgéneros... Para los rockeros de a pie parece ser muy importante este asunto de las “taxonomías” de los subgéneros. Eso es porque son personas apasionadas de su subcultura, o contracultura. Los rockeros metaleros son gente que le gusta identificarse unos a otros, les gusta ser y hacer amigos. Tienen un alto sentido de la fidelidad, de la lealtad, son delicados con cualquier cosa que se parezca a la mentira, a la traición. No quiere decir que sean personas perfectas, puras y castas. No. Son una fauna humana como cualquier otra de nuestras urbes y suburbios, del centro y de las periferias, de los centros de poder y de los marginados. Hay una autoafirmación rebelde, muy juvenil, incluso muy espiritual, que los hace convertirse en un gremio muy unido, cohesionado, incluso organizado. Son también muy emocionales, disparatados, a veces dicharacheros, suelen decir más de lo que realmente saben en su afán por buscar cierto nivel de intelectualidad o de sabiduría que, de alguna manera, el *stablishment*, siempre muy conductista y centrado en la ciencia, les negó. Se saben incomprendidos y a algunos les importa menos que

a otros. Disfrutan ser raros, diferentes, escatológicos, groseros y educados a la vez, amargos y dulces al mismo tiempo... No son más que seres humanos producto negado de la sociedad moderna, industrializada, ruidosa, infeliz... Aunque hagan “propaganda” de Satán, eso no es más que un “paro”, una simulación. Han sufrido tanto desprecio que su mejor mecanismo de defensa es inspirar miedo, pero en realidad son una falsa coral.

En un episodio de los *Cazadores de mitos*, hicieron un experimento con cuatro plantas a las cuales sometieron a diferentes estilos musicales. Una, la piloto, no le pusieron nada de música. A otra le pusieron música clásica académica. A otra le pusieron otro tipo de música, y a la cuarta le pusieron rock pesado. A las cuatro las trataron durante un mismo tiempo, para medirles el crecimiento, la frondosidad, y todo eso... ¿A que no adivinan cual fue la planta que creció más rápido, más grande y más frondosa?

Salvemos la Tierra. Pongan Trash Metal en su jardín.

Contenido

HEAVY METAL	17
INTERLUDIO I	25
TRASH METAL	33
GRUNGE	45
DEATH METAL	53
INTERLUDIO II	61
POWER METAL	69
HARD ROCK	87
INTERLUDIO III	95
METALATINO	101
NEW METAL	107
EPÍLOGO	111

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 22 días del mes de marzo de 2021, el mismo día del año 1939 en que nace el escritor y sacerdote zuliano Gustavo Ocando Yamarte.